



Universidad de la República
Facultad de Psicología

**SÍNTOMA Y CONTEMPORANEIDAD
UN ABORDAJE PSICOANALÍTICO**

Estudiante: Emilio Cajés

CI. 4033711-8

Docente tutor: Prof. Agda. Dra. Ana Hounie

ÍNDICE

| | |
|--|-----------|
| Resumen | 2 |
| Introducción | 3 |
| 1. Del Capitalismo | 6 |
| Acumulación..... | 7 |
| Reproducción | 8 |
| 2. Capitalismo Mundial | 9 |
| 3. Del Neoliberalismo | 12 |
| Tatcher – Reagan | 13 |
| Discurso neoliberal | 14 |
| Neoliberalismo y dictadura. Ejemplo de Chile..... | 15 |
| Doble discurso | 16 |
| 4. Del devenir de la subjetividad en la contemporaneidad..... | 16 |
| 5. Del Otro que no existe y aproximación al síntoma | 27 |
| 6. Del lazo social y el discurso del capitalismo | 28 |
| 7. Síntoma | |
| Perspectiva freudiana | 32 |
| Aportes de Lacan | 36 |
| 8. Discusión | |
| El síntoma y el dolor de una época..... | 38 |
| 9. Conclusiones | 43 |
| 10. Referencias bibliográficas | 47 |

RESUMEN

El siguiente trabajo indaga sobre la cuestión del síntoma desde una perspectiva psicoanalítica en el contexto actual. Partiendo de los acontecimientos históricos, sociales, políticos y culturales de principios de siglo XX hasta nuestros tiempos proponemos una aproximación al estudio del síntoma en la era del capitalismo globalizado. Nuestro análisis incluye las distintas etapas del capitalismo como sistema dominante y sus modos de subjetivación, así como las transformaciones sociales que sugieren la reestructura de la sociedad moderna dando paso a lo que hoy conocemos como posmodernidad o hipermodernidad.

Introducción

La historia del psicoanálisis es la historia del sujeto en relación a su medio. El proyecto psicoanalítico en sus distintas etapas y en sus diversas ramificaciones es un intento por responder esta pregunta. Cada concepto introducido busca aportar sentido y es una forma de enfrentar el desafío que nos plantea esta compleja realidad: el desafío de entender bajo qué condiciones el ser humano deviene sujeto en sociedad.

En este marco, considerando los aportes freudo-lacanianos, el síntoma constituye un concepto que articula el orden de lo colectivo, social y cultural de una época, con lo estrictamente singular e irreducible que representa la satisfacción pulsional. En esta intersección de las aspiraciones individuales con los significantes colectivos es donde el síntoma inscribe aquello que no es colectivizable; en este encuentro devela algo que no funciona según la paramétrica cultural. Es decir que, si bien lo histórico-social va a determinar la *envoltura formal del síntoma* (Miller, 1989), éste a su vez es consecuencia de una actividad pulsional que no se deja atrapar por el discurso, aquello que no logra ser civilizado (Soler, 2000). Como sostiene Berenguer (2009): “hay una parte del síntoma que sumerge sus raíces en lo que sería lo más autista del sujeto, en lo real, no en lo simbólico” (p. 89). De esta manera, la formación sintomática emergente producirá un corte con respecto a la coyuntura social en la que surgió, en tanto se opone a la inscripción en el sujeto de los imperativos que ella impone.

Freud escribe su extensa obra (fines del siglo XIX hasta 1938-39) en el apogeo de las sociedades disciplinarias. El periodo de surgimiento del psicoanálisis estuvo marcado por los imperativos de un aparato social moderno que reprime todo intento de satisfacción pulsional. La sólida estructura de la sociedad moderna brindaba un marco institucional que daba sentido al existir del individuo. Éste, a los efectos de inscribirse en el discurso de su tiempo debe responder a los imperativos morales que su época construye, es decir, debe someterse a las exigencias superyoicas de su espacio-tiempo y resignar todo intento individual de satisfacción pulsional. Las instituciones adquirirían solidez gracias al dominio ejercido sobre los cuerpos. El piso era firme pero bajo su fortaleza subyace una lógica represiva de toda aspiración al placer pulsional por parte del individuo. Nada del sujeto debe desviarse hacia fines “indecentes”, bajo ningún motivo, así lo establece el desarrollo cultural. Sus esfuerzos serán puestos al servicio de las metas más elevadas del espíritu; lugar de privilegio reservado exclusivamente a

los honorables fieles quienes mediante su trabajo y honradez sostienen con hidalguía los immaculados cimientos de tan destacada y puritana comunidad.

Y así como nadie escapa ni llega mucho más lejos de lo que su época le permite, no podemos reflexionar en torno a las ideas que sostienen la teoría freudiana del aparato anímico ignorando la influencia que los principios sociales y morales de su época ejercieron sobre los fundamentos que sostienen su pensamiento.

Los primeros años de vida de Freud transcurrieron en el seno de la sociedad victoriana, período caracterizado por la exacerbada devoción a los moralismos y la disciplina mencionados más arriba. Tener en cuenta el contexto restrictivo y autoritario de la sociedad en la que vivió es fundamental para entender el lugar y la importancia que cada concepto desempeña en la estructura de su obra.

El psicoanálisis surge en un contexto socio-cultural cuyo imperativo dominante es reprimir. Dicho mandato establece un inevitable antagonismo entre las exigencias pulsionales y las prohibiciones que establece la cultura, al tiempo que produce un modo particular de padecimiento subjetivo cuyas diversas manifestaciones sintomáticas cobran sentido a la luz de la condición represiva que las precede. “El superyó freudiano produjo cosas como lo prohibido, el deber, hasta la culpabilidad, que son términos que hacen existir al Otro, son los semblantes del Otro, suponen al Otro” (Miller, 2005, p. 19). Es decir que en esta primera etapa la represión, sensible al imperativo superyoico, constituye el eje central a partir del cual Freud estudia la formación del síntoma.

Pero nuestra época ya no comparte estos códigos, no se funda sobre las mismas bases. Como ya hemos visto, los pilares institucionales que sostenían el cuerpo social en el pasado moderno no gozan de tal privilegio. El sujeto progresivamente ha mudado su interés por lo público y se repliega en su vida privada. La vida ya no pasa por la política y el Estado. El derrumbe de los muros disciplinarios inicia una etapa de fluidez y vértigo marcada por el avance tecnológico, el desarrollo del capitalismo y el consumo donde los discursos se multiplican y la multirreferencialidad se vuelve incompatible con discursos moralistas universalizadores. El nombre del padre pierde su exclusividad en tanto único medio de acceso del sujeto al discurso y por lo tanto su autoridad es inoperante. Existe lo que Lacan refiere como *los nombres del padre*, para hacer referencia al estallido y multiplicación de los referentes identificatorios. En este contexto de esterilidad institucional, flexibilidad disciplinaria y avidez por consumir, reprimir no tiene cabida. Si la autoridad del Estado nación ha muerto y con ella lo han hecho los valores morales de la sociedad patriarcal cuyos neuróticos no hacían más que denunciar

el angustiante temor a la castración que dicha sociedad inspira, la represión, como estrategia de dominación, no tiene razón de ser. En ella no encontramos la respuesta del padecimiento actual. El amo capitalista del matema lacaniano cambió las reglas del juego. Ahora quiere que no nos privemos de nada ya que su hipermercado nos provee todo lo que nos hace falta para ser felices. Pero el precio que pagamos es demasiado caro; el amo ha invadido el rincón más íntimo de nuestra subjetividad: las condiciones de satisfacción de cada uno (Sinatra, 2008). Ya no somos dominados por el deber sino por el placer (Lewkowicz, 1998).

Entonces, si la moral de nuestra cultura privilegia el placer eliminando la falta con toda clase de objetos; si el superyó freudiano represivo, tal como sostiene Miller (2005), deviene imperativo hegemónico que invita al goce y marca la caída de lo simbólico afectando sensiblemente la consistencia de un lazo social fracturado; si el padre no castra, no castiga, no reprime y perdió sus facultades discursivas, ¿que efectos producen estos cambios desde la perspectiva del abordaje psicoanalítico del dolor subjetivo? ¿qué nuevas formas reviste el padecimiento y cómo entendemos la formación del síntoma si su principal componente, la represión, ha sido desplazada? ¿Qué herramientas clínicas desplegamos para abordar dicha problemática? Si la patología contemporánea no es del orden de la represión ¿cuál o cuáles son los nuevos marcos referenciales desde los cuales abordamos la cuestión del síntoma en la actualidad? ¿Qué propone el psicoanálisis en relación a otros modelos de terapia? Quizás, como sostiene Mónica Torres (2008), en nuestro tiempo el psicoanálisis se vea en la tarea de rediseñar continuamente el abordaje de esta nueva relación con el goce que inaugura el escenario contemporáneo. Estas son algunas de las interrogantes que nos proponemos indagar en el siguiente trabajo.

Del Capitalismo

No descubriremos nada al afirmar, como lo hiciera el economista norteamericano Robert Heilbroner a finales del siglo XX, que el capitalismo es el “*sistema económico dominante hoy en el mundo*” (Heilbroner, 1996, p. 13). Y ya encaminados en la segunda década del siglo XXI podemos sostener que la situación no ha variado significativamente. En materia económica sigue existiendo un núcleo de países considerados desarrollados que imponen las reglas del juego en el mercado internacional. Los efectos políticos y sociales de este fenómeno se han sostenido sobre las mismas bases sin experimentar cambios significativos que alteren el orden del sistema.

Siguiendo la vertiente marxista y apoyándonos en autores como Rosa Luxemburgo, Iring Fetscher y el propio Marx entendemos al capitalismo como un sistema económico y social que funciona en base al usufructo de la propiedad privada y al libre comercio. Opera en función de las actividades de inversión y obtención de beneficios estando siempre sujeto a los avatares de un mercado de consumo para la obtención de nuevos recursos.

La producción capitalista es puesta en marcha por un número indefinido y siempre variable de productores privados que actúan de forma independiente o asociados, guiándose mayormente en su toma de decisiones por la impredecible dinámica de los precios de sus productos en el mercado (Luxemburgo, 2007). Esto, porque el móvil de la producción capitalista es la obtención de ganancias monetarias y, sobre todo, el aumento de las mismas.

Desde el punto de vista social, Marx, cuya agudeza y lucidez analítica hacen de su teoría económica una de las más influyentes en el pensamiento desde el siglo XIX a esta parte, señala que el modo capitalista de producción genera una sociedad dividida en clases. Por un lado la clase capitalista que incluye a los dueños de la propiedad privada y de los medios de producción (maquinaria, infraestructura, tierras, etc.) y, por otro lado, la clase obrera, quien vende al capitalista su fuerza de trabajo a cambio de un salario que será su único medio de subsistencia (Marx, 2008). Pero además de ser una sociedad fragmentada es una sociedad desigual en tanto el acceso a los medios de producción está negado para las clases obreras. Dicho acceso es un derecho exclusivo de del productor que lo obtiene gracias a su riqueza (Heilbroner, 1996).

Fetscher retoma esta idea de Marx y plantea que “estas aparentes leyes naturales son en realidad nada más que la expresión de determinadas relaciones históricas de propiedad (...), y que en ellas sólo se reflejan determinadas relaciones interhumanas, que han pasado a establecerse como estructuras (aparentemente empíricas y objetivas) enfrentadas a los impotentes individuos” (Festcher, 1971 p. 21). Es decir, acusa al capitalismo de invisibilizar intencionalmente el proceso que da lugar a la desigualdad que ha sido históricamente funcional a la estructura del propio capitalismo y favorable a la conservación del poder en manos de las clases dominantes (propietarios de los medios de producción).

En su obra *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844 Marx analiza el impacto subjetivo que provocan las relaciones de producción desde la perspectiva del trabajador e introduce la noción de *alienación del trabajo*. Sostiene que la tarea desarrollada en el puesto de trabajo empobrece su mundo interior (Festcher, 1971) ya que los objetos que produce no le pertenecen ni es parte activa en el proceso de fabricación en tanto que desde el punto de vista intelectual sus ideas no son tenidas en cuenta por el empleador. La tarea y el producto se le imponen como entidades exteriores y ajenas (Marx, 1844); nada de sí mismo está representado en ese objeto que acaba de producir.

Acumulación

A diferencia de los sistemas económicos anteriores, el productor no consume su propio producto (Luxemburgo, 2007) sino que su intención es colocarlo en el mercado para venderlo y, en consecuencia, generar una entrada de dinero que será destinado, por una parte, a cubrir los gastos de producción de dichas mercancías reinvertiendo en más infraestructura y materias primas y, por otra, a pagar el salario de los trabajadores contratados durante el proceso de producción.

De esta operación siempre resulta un excedente económico favorable al productor que le permitirá acumular más capital y redoblar la inversión inicial para el siguiente periodo de producción, y de esta manera tener perspectivas de mayores ganancias.

Este proceso se expresa en la fórmula planteada por Marx en *El Capital* (Marx, 1867): $c + v + pl$. Donde C representa el *capital constante*, esto es, los medios de producción, las materias primas y la infraestructura que el propietario destina para desarrollar la producción. V representa el *capital variable* que incluye el salario a pagar a las fuerzas de producción, es decir, constituye el capital destinado a comprar la mano de obra. Este capital es variable en tanto depende de la magnitud de la producción, lo cual impacta directamente sobre la cantidad de brazos a emplear. Esta fuerza de trabajo que el patrón compra con dicho capital variable, le brinda, además del reembolso de los salarios que cuesta, un excedente del cual el capitalista se apodera libremente.

Y PI representa dicho excedente; es la *plusvalía* resultante de este proceso de producción. Entonces, la plusvalía se origina en tanto la fuerza de trabajo es una mercancía a través de cuya explotación se genera un excedente del cual el capitalista se apropia sin impedimento alguno.

La plusvalía es el móvil del productor capitalista.

Reproducción

Lo que Marx intuye es que la simple fabricación de mercancías ya no es el objetivo principal de la actividad del productor capitalista. Acumular mercancías compulsivamente en los depósitos no le produce ganancias de ningún tipo. Su verdadero interés es hacerse de los medios que le permiten apropiarse de la plusvalía. Pero esta plusvalía debe ser creada y recreada sistemáticamente en cantidades ilimitadas, en un circuito ininterrumpido de aumento de ganancias.

Para ampliar su reproducción, el capitalista necesita nuevos medios de producción y fuerzas de producción adicionales pero esto depende de condiciones exteriores que trascienden su campo de acción. En su búsqueda incesante por comercializar sus productos, el fabricante necesita ampliar los mercados lo máximo posible para lograr las ventas y ganancias esperadas para lo cual debe enfrentar los indómitos vaivenes de las condiciones del mercado las cuales se comportan de manera impredecible e independiente a su voluntad, volviendo estériles los esfuerzos del fabricante en busca de conquistar dichas plazas comerciales.

Sus intereses no se ven siempre favorecidos por las condiciones del medio (Heilbroner, 1996) ni por las necesidades que demanda la sociedad en la cual serán puestos en circulación sus manufacturas.

En las primeras etapas de su desarrollo ésta contradicción constituye para el sistema uno de los obstáculos para la reproducción capitalista y su expansión. (Luxemburgo,2007) El vertiginoso ritmo de crecimiento de la producción alcanzó niveles históricos en cuanto a la oferta de productos que superan ampliamente la demanda de los compradores. Es decir, la frenética expansión capitalista desemboca en la sobreproducción de mercancías que no encuentran salida en el mercado y no entran en circulación entre los consumidores, viendo interrumpido el fabricante su ciclo de producción y la oportunidad de generar más ganancia. El productor es “impotente para extender los mercados en general y la demanda de sus mercancías en particular” (Luxemburgo, 2007, p.21).

Capitalismo Mundial

Estas limitaciones tempranas al impulso expansionista del capitalismo, en tanto invadidos todos los planos económicamente explotables, conducen a la creación de nuevos mercados cada vez más artificiales y alejados de las necesidades sociales.

Esto lo advierte Guattari quien analiza y delinea un capitalismo mundial e integrado (Guattari 2004). Guattari sostiene que el capitalismo es un sistema que opera sobre axiomas. Uno de los axiomas en los que el capitalismo se basa según este autor, e ilustra fehacientemente los límites de la expansión y sus consecuencias, es el de *Clausura* (Guattari, 2004). Este axioma hace referencia a la capacidad del sistema de anteponerse ante el freno de su impulso expansionista y “recomponerse constantemente sobre sí mismo, sobre los mismos espacios, profundizando sus modos de control de sujeción de las sociedades humanas” (Guattari, 2004, p. 21). Lo que conlleva a que el desarrollo de los mercados trascienda la producción de manufacturas, y la lógica capitalista de producción y reproducción de ganancias abarque nuevos campos de acción, a nuevas superficies económicamente explotables.

A tales efectos, las actividades humanas, prácticamente en su totalidad, son alcanzadas por el control capitalista. Las artes, el deporte, el turismo, el ocio, los medios de comunicación, la tecnología, los afectos, etc.

“Le es necesario operar una reconversión decisiva, aunque no implique liquidar completamente sistemas anteriores, ya sea a nivel de la producción o a nivel de los compromisos nacionales” (Guattari, 2004, p. 22). Las transformaciones que debe

experimentar el capitalismo para controlar la actividad económica global conlleva reestructuraciones no solo a nivel estratégico-comercial sino que dichas transformaciones apuntan a generar alianzas con las esferas políticas y gubernamentales de los Estados.

Esto nos remite a otro de los axiomas que plantea Guattari: la *Desterritorialización*. El capitalismo mundial integrado no pretende universalizar la democracia burguesa alrededor de todo el planeta ni tampoco un régimen dictatorial. La desterritorialización consiste en que el sistema capitalista no depende ni es rehén de tal o cual sistema de gobierno u orden social. De hecho, ha accedido a relacionarse con países que en principio parecían ajenos a su modo de funcionamiento (Unión Soviética y países del tercer mundo por ejemplo). Tampoco es totalmente indiferente a esta situación en tanto requiere para sobrevivir una “homogeneización de los modos de producción, de los modos de circulación, y de los modos de control social” (Guattari, 2004, p. 22). Este aspecto, en cierta medida, explica cómo el capitalismo se las ha ingeniado para sobrevivir al devenir histórico y a las crisis políticas y sociales que han atravesado los países cuyas economías están bajo su control. Actualmente el CMI (Capitalismo Mundial Integrado) opera con un grado de sofisticación y complejidad en el despliegue estratégico de sus medios de expansión, integración e interconexión a nivel planetario que genera un escenario global que borra las fronteras geográficas y trasciende el modelo político de los Estados y el orden social que en ellos existe. Según su conveniencia, el capitalismo hace alianza con democracias y dictaduras indistintamente siempre y cuando tenga garantizado sus canales de circulación en todo el planeta. Gracias a su capacidad de adaptación a transformaciones de diversa índole es que soporta cualquier coyuntura social y política.

Siguiendo esta línea, Heilbroner (1996) plantea que el impulso expansionista del capitalismo provoca que el ámbito económico del capital tenga un alcance considerablemente mayor a nivel internacional que el orden político de las naciones desde donde éste actúa. Sostiene que la expansión capitalista “se realiza en forma de una gran corriente de tráfico económico que corriera a través de un puente sostenido sobre los pilares de las minas, fábricas, oficinas y centro de investigación situados en distintas partes del mundo” (Heilbroner, 1996, p. 64). Ya lo anticipa Marx en *El Capital*: “consideraremos el mundo mercantil entero como una sola nación y supondremos que la producción capitalista se ha instalado en todas partes y se ha apoderado de todas las ramas de la industria” (El Capital, libro IV, págs. 31-32)

Esta concepción del alcance internacional del mercado y la distribución de sus centros de operaciones en todo el planeta está en sintonía con el planteo de Guattari en cuanto a que el CMI desterritorializado no centra su poder en un solo punto. Ningún país, ni gobierno, ni continente, ni partido político, tampoco una empresa multinacional, ni mucho menos la figura de un gobernante en particular constituyen el punto neurálgico donde se acumula el poder. Los centros de tomas de decisiones están dispersos por todo el mundo constituyéndose un multicentraje de los núcleos de decisión.

“Esto lo hace aparecer hoy día como algo imposible de aprehender, de localizar y de atacar” (Guattari, 2004, p. 23) ya que siempre está en otra parte.

Esto sin dudas es un desafío a las relaciones tradicionales entre la economía y el Estado. El CMI se expande más allá de la autoridad política de cualquier gobierno en particular y evidencia el grado de intromisión del interés privado en la esfera pública, dejando al desnudo la reducida capacidad defensiva del Estado ante tal avance.

El tercer componente de la axiomática capitalista que refiere el autor es la *Segmentaridad*. Es el proceso mediante el cual CMI hace coexistir áreas de superdesarrollo con zonas de subdesarrollo y, en algunos casos, sectores de pobreza extrema. Esto remite a la desigualdad social propia del sistema capitalista advertida en Marx a la cual hacíamos referencia. La continuidad en el tiempo de este fenómeno da cuenta de que éste es un factor clave en la estructura del capitalismo.

La segmentarización del cuerpo social y la desigualdad brindan las condiciones y promueve el disciplinamiento de las fuerzas colectivas de trabajo ya que la existencia de sectores sumergidos, atrasados y pobres forma ejércitos de sujetos vulnerables de fácil utilidad para los fines capitalistas de producción (Guattari, 2004). Así, como en sus comienzos, el capitalismo divide la sociedad entre aquellos quienes son propietarios de la libre circulación de bienes y personas, y los que están sometidos a vender su fuerza de trabajo para poder subsistir.

Del neoliberalismo

Las ideas planteadas por Guattari en 1977 acerca del momento histórico y de las transformaciones experimentadas por el capitalismo en aquellos años vaticinan el diseño de un nuevo escenario político-económico que redefinirá las leyes del mercado a nivel internacional promoviendo la desregularización estatal en la vida económica de los países desarrollados y los del tercer mundo. La axiomática capitalista que sostiene el autor brinda las bases conceptuales y ofrece líneas de análisis que nos permiten comprender el nuevo estado evolutivo al que arriba la expansión capitalista hacia fines de la década de 1970, cuando el mundo de las finanzas dió un giro hacia lo que actualmente conocemos como Neoliberalismo.

La *clausura* y la saturación de las superficies económicamente explotables que limita la expansión capitalista; la *desterritorialización*, gracias a la cual se supera el problema anterior, que le permite trasladarse prácticamente a todos los países y convivir, no sin algunas resistencias, con regímenes políticos de diversa índole superando toda barrera ideológica, cultural y religiosa controlando con formidable omnipresencia cada actividad humana; y la *segmentaridad* social favorable a reproducir lógicas de disciplinarización y explotación de las fuerzas de trabajo en pos de mantener el statu quo y la jerarquía de las clases dominantes; todos estos mecanismos sincronizados los consideramos movimientos estratégicos de las elites capitalistas en respuesta al aumento del desempleo y la inflación producto de las políticas monetarias keynesianas (Harvey, 2007) aplicadas en gran parte de occidente luego de la Segunda Guerra Mundial, y fundaron las bases para el surgimiento de un nuevo orden mundial neoliberal en materia económica que afectará directamente la órbita política y social de las naciones.

David Harvey define al neoliberalismo como “una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio” (Harvey, 2007, p. 6). En este contexto el Estado debe “crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas” (Harvey, 2007, p. 6).

Los principales precursores del neoliberalismo en Estados Unidos y Reino Unido fueron Ronald Reagan en 1980 y Margaret Thatcher en 1979 respectivamente. Ambos

gobiernos compartieron el compromiso de revitalizar la economía, dominar el poder de los sindicatos, desregular la industria y liberar al poder financiero de las trabas impuestas por el control estatal (Harvey, 2007).

Tatcher - Reagan

Como primera ministra de Gran Bretaña, Margaret Thatcher fue implacable en el abandono del keynesianismo vigente en la economía británica durante la década de 1970 ya que debía operar una verdadera revolución en las políticas fiscales y sociales para combatir la inflación y el estancamiento de la economía del Reino Unido. Fue determinante en el enfrentamiento con el poder sindical y atacó todas las actividades vinculadas a la solidaridad social (gobiernos municipales, asociaciones de profesionales, etc.) en el entendido de que no estimulaban el desarrollo de la libre competencia. Privatizó las empresas públicas, redujo los impuestos e incentivó la iniciativa empresarial para ofrecer condiciones favorables a los negocios y así atraer capitales de inversión extranjeros. Dio inicio a un régimen basado en el individualismo, la propiedad privada y la responsabilidad personal (Harvey, 2007). Valores históricamente ligados a la ideología de la clase capitalista.

El caso norteamericano presenta características similares. Durante los años setenta la economía estadounidense se vio amenazada por la presión inflacionaria, lo que llevó, en 1979, a quien era presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, Paul Volcker, a planificar una transformación en la política monetaria norteamericana que disolvería los compromisos con el estado liberal-demócrata, que al igual que en Reino Unido, implicaba lineamientos fiscales y monetarios keynesianos que consagraba el pleno empleo como objetivo primordial (Harvey, 2007).

Esta reforma contó con todo el apoyo de Ronald Reagan, quien asume la presidencia de los Estados Unidos en 1980.

Al igual que Thatcher, Reagan se alineó al modelo de desregularización, a la baja de impuestos, recortes presupuestarios y también mantuvo duros enfrentamientos con el poder de los sindicatos y organizaciones obreras. Nuevamente, la disolución de los controles estatales en todas las áreas de las finanzas convierte al mercado en una zona libre y fértil para el desarrollo de los intereses corporativos de clase aumentando la desigualdad entre la clase trabajadora y la elite de poder.

Discurso neoliberal

“El neoliberalismo es tan ubicuo que ni siquiera lo reconocemos como ideología” sostiene George Monbiot en un artículo de The Guardian en 2005. Asevera que “hemos asumido el ideal de su fe milenaria como si fuera una fuerza natural; una especie de ley biológica, como la teoría de la evolución de Darwin. Pero nació con la intención deliberada de remodelar la vida humana y cambiar el centro del poder”. (Monbiot, 2005). Para atacar el desconocimiento ideológico que acusa Monbiot podemos apoyarnos en los aportes de Harvey y superar la ceguera generalizada que produce la omnipresencia del neoliberalismo.

Según este autor los fundadores del pensamiento neoliberal tomaron el ideal político de la *dignidad* y de la *libertad* individual. Son sin duda valores culturales atractivos que se veían amenazados no solo por sistemas políticos represivos sino también por todas las formas de intervención estatal que impedían la libre iniciativa de los individuos y por ende, la libre competencia. Aprovechando esta situación la clase capitalista se apropia, reproduce y enaltece el valor supremo de la libertad individual como único garante del bienestar de los ciudadanos con el fin de ganar terreno en la opinión pública y lograr el consenso social indispensable para acceder al control del poder político en las instancias electorales. El discurso neoliberal se rasga las vestiduras a través de todos los medios posibles afirmando que “las libertades individuales se garantizan mediante la libertad de mercado y de comercio” (Harvey, 2007, p. 13).

Pero libertades ¿para qué? ¿para quiénes? ¿Qué clase de libertades proyecta un sistema que históricamente se ha expandido por todo el planeta mediante operaciones militares, invasiones a territorios ajenos, sometimiento de sectores vulnerables a trabajos esclavizantes y que ahora busca maniatar de pie a cabeza a los Estados que pretenden asumir soberanamente el destino de sus políticas económicas, sociales, laborales, educacionales, ambientales, judiciales y de seguridad? Monbiot responde: “La libertad de los neoliberales (...) es libertad para el pez grande, no para el pequeño. Liberarse de los sindicatos y la negociación colectiva significa libertad para reducir los salarios. Liberarse de las regulaciones estatales significa libertad para contaminar los ríos, poner en peligro a los trabajadores, imponer tipos de interés inicuos y diseñar exóticos instrumentos financieros. Liberarse de los impuestos significa liberarse de las políticas redistributivas que sacan a la gente de la pobreza” (Monbiot, 2005).

Esto da cuenta de lo que Harvey refiere como contradicciones entre la teoría neoliberal y la práctica. Señala una “disparidad entre los objetivos públicos declarados del

neoliberalismo -el bienestar de todos- y sus consecuencias reales: la restauración del poder de clase” (Harvey, 2007 p. 88).

Neoliberalismo y dictadura. Ejemplo de Chile

Como ejemplo pensemos en el golpe de Estado de Pinochet en Chile en el año 1973 en el marco de un intento por establecer las bases de un Estado Neoliberal en América Latina. Dicho golpe fue orquestado por las elites económicas locales ya que no aceptaban el rumbo socialista al que apuntaba el gobierno democráticamente elegido de Salvador Allende. El golpe contó con el apoyo de compañías vinculadas al gobierno de los Estados Unidos tales como la CIA. Al verse amenazados los intereses económicos de la clase capitalista el gobierno reprimió con extrema violencia todos los movimientos sociales y prohibió todas las formas de organización popular. Tal como sucedería más adelante en los países centrales, el sector laboral fue “liberado” de las reglamentaciones vigentes, se dismanteló la fuerza de las organizaciones sindicales, se privatizó la seguridad social, por influencia del FMI se privatizaron los bienes públicos y la explotación de los recursos naturales se dejó en manos del sector privado cuya gestión estuvo exonerada de toda reglamentación estatal. Todo este proceso estuvo acompañado por una salvaje persecución política que llevó al encarcelamiento, tortura y en algunos casos desaparición y asesinato de los detractores del gobierno de facto de Pinochet. Tampoco se respetó el derecho a la libre expresión y los medios de comunicación fueron tomados y sometidos al control y censura del gobierno dictatorial. Circunstancias similares se vivieron en varios países de América Latina entre la década de 1970 y mediados de los ochenta.

Doble discurso

Como vemos, el discurso neoliberal fomenta la libertad como valor fundamental y promete bienestar a la humanidad, pero los hechos reflejan que dicha libertad es funcional a los intereses de la clase dominante que en absoluto contempla el bienestar común del resto de la sociedad, sino todo lo contrario: erige su hegemonía apostando a la desigualdad y a que la brecha social en cuanto a las posibilidades de desarrollo entre los individuos sea cada vez más difícil de superar.

Este fenómeno apoya la tesis de Guattari acerca de la desterritorialización del capitalismo que mencionamos anteriormente. La movilidad internacional para atender los intereses privados es de tal magnitud que desarrolló la capacidad de aliarse a gobiernos democráticos en algunas regiones y promover, como el caso de Chile, dictaduras en otras. Es decir, que su preocupación por el pleno goce de los individuos de su libertad como único medio para alcanzar la felicidad, al parecer no es su principal interés.

Por otra parte, podemos sostener que esta misma lógica restrictiva de las libertades afecta el poder soberano de los Estados ya que, como dice Bauman: “Los pocos gobiernos (...) que no se unen a la competencia se encontrarán en problemas cuando no tengan nada de qué jactarse para persuadir a los electores que ‘votan con la billetera’, o serán rápidamente condenados al ostracismo por el obediente coro de la ‘opinión mundial’, bombardeados o amenazados con el bombardeo, todo para hacerles recuperar el juicio e integrarlos a las filas” (Bauman, 2002, pág.203-204).

Del devenir de la subjetividad en la contemporaneidad

El final de la Segunda Guerra Mundial, además del exorbitante saldo de bajas trajo como consecuencia un nuevo escenario económico, político y social. Los baluartes sobre los que reposaban los ideales modernos de individualismo, razón y progreso experimentaron un proceso de crisis.

Las sociedades occidentales de la primera mitad del siglo XX, herederas de la gran utopía moderna de compromiso social, trabajo, ciencia, esfuerzo colectivo y progreso fueron testigos atónitos del mayor enfrentamiento bélico de la historia de la humanidad. La guerra significó el desplome de sus ideales más elevados, devenidos escombros y sangre. La sociedad ideal convertida en ruinas, ciudades devastadas, colectividades perseguidas y torturadas hasta el exterminio; la confianza en las instituciones engendró el surgimiento de gobiernos fascistas como la Italia de Mussolini y la Alemania del Tercer Reich que actuaban cual verdaderas máquinas de aniquilación.

Seguramente los aportes de un estudio ético sobre el progreso ayudaría a entender los mecanismos por los cuales una(s) ideología(s) de perfil tan humanista como la ideología moderna tuvo en su seno dos de los mayores enfrentamientos armados internacionales que la humanidad haya conocido.

Si “la sociedad moderna era conquistadora, creía en el futuro, en la ciencia y en la técnica (...) en nombre de lo universal, de la razón, de la revolución” (Lipovetsky, 2002, pág. 9)

¿Cómo esta sociedad cuyo máximo valor era la libertad del hombre pudo crear monstruosidades como Auschwitz? ¿Por qué el desarrollo de la técnica derivó en la fabricación de máquinas bélicas capaz de destruir ciudades enteras y provocar una crisis migratoria y humanitaria a nivel global sin precedentes? ¿Por qué “tenemos que digerir Hiroshima, Auschwitz, Kolyma y el totalitarismo del Este” (Castoriadis, 1997, p. 111)?

Toda clase de cuestionamientos sacudieron la base de los referentes colectivos que sostenían el ideal del hombre moderno poniendo en duda la sostenibilidad del proyecto. La educación, la familia, el Estado y los valores eran metarrelatos (Lyotard, 1979) que brindaban seguridad a largo plazo y los individuos gozaban de ciertas certezas en cuanto a la recompensa por el trabajo y el esfuerzo invertidos.

Era una sociedad compuesta por individuos que depositaban su confianza en la estructura social y se sentían representados en ella. El cuerpo social deviene una referencia permanente para los sujetos en tanto compartían “significaciones imaginarias sociales, en sus normas, valores, mitos, (...) y porque comparten la voluntad de ser de esta sociedad” (Castoriadis, 1997, pág. 28). Es decir, poseían un sentimiento de

pertenencia que es vital para la supervivencia de toda estructura social y la de los individuos que la formaban.

Pero el impacto de las dos guerras, entre otras contradicciones de diversa índole, sepultaron el sueño moderno. El fin de la utopía dio paso a una nueva fase del individualismo, caracterizada ya por el avance de la economía y la intersección de las leyes del mercado sobre las esferas políticas que tuvieron incidencia directa en el plano de las relaciones sociales. Algunos pensadores consideran este periodo de posguerra como el comienzo de lo que, más cercano a nuestros días, a principios de los ochenta y con el surgimiento del neoliberalismo, se conoce como *posmodernidad*.

El término fue popularizado a partir de la publicación de *La condición posmoderna* de Jean-François Lyotard en 1979 y refiere a un periodo histórico caracterizado por la crítica a los metarrelatos e ideales modernos, una segunda etapa del individualismo (Lipovetsky, 2002) y la instauración de la sociedad de consumo..

Con el advenimiento del desarrollo expansionista del capitalismo y el interés cada vez más centrado en la economía como fin en sí mismo, “el ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas colectivas ha sido pulverizado” (Lipovetsky, 2002, pág. 7). El derrumbe simbólico de la sólida estructura social encarnada en la figura del Estado moderno está asociado al impulso liberal del capitalismo que, como vimos anteriormente, logró emancipar en gran medida la actividad económica de las amarras estatales fomentando la libre iniciativa de empresa, la competencia y la fluidez de capitales. En palabras de Bauman, este movimiento significaba “liberar la iniciativa comercial de los grilletes de las obligaciones domésticas y de la densa trama de los deberes éticos, (...) conservar tan sólo el nexo del dinero” (Bauman, 2002, pág. 10).

Es decir que el núcleo de la vida social pasó a girar en torno a los avatares de la economía y las leyes del mercado. Digamos que el vacío del espacio público se abandona al dominio de la economía, y de esta manera la clase privada absorbe la totalidad de la vida humana y logra disciplinar toda actividad que no contribuya a su continua reproducción. El desflecado cuerpo social heredado de épocas anteriores yace ahora sobre las agitadas y siempre turbulentas corrientes de las leyes comerciales que siguen el curso de los intereses privados.

Esta nueva coyuntura político-económica y social no es producto de un gobierno en particular ni es el resultado de cierta política económica sino que es consecuencia de la ruptura de aquellos anclajes, del abandono de aquel proyecto colectivo de sociedad consistente en su estructura, acusado de restringir las libertades individuales de acción. Según Bauman esto inaugura la era de las sociedades líquidas, de la *modernidad líquida* (Bauman, 2002). Refiere al momento de disolución de los sólidos y emancipación de la acción humana de “toda la compleja trama de las relaciones sociales, dejándola desnuda, desprotegida, desarmada y expuesta, incapaz de resistirse a las reglas del juego y a los criterios de la racionalidad inspirados y moldeados por el comercio” (Bauman, 2002, pág. 10).

Según el autor, lo que está en juego en estos momentos es el vínculo entre las elecciones individuales y las acciones colectivas. La liquidez viene a desatar a los sujetos para facilitar su libre albedrío y otorgarle “libertad” en la toma de decisiones. Erosiona la solidez de la rígida estructura social y vacía de contenido a las instituciones que tradicionalmente enmarcaron la existencia del hombre (la familia, el trabajo, la religión, el Estado, etc.) pero ahora este se encuentra solo. Digamos que se inaugura un proceso de transformaciones de carácter estructural entre las políticas de vida personal y las acciones políticas colectivas. La díada individuo-sociedad y el proceso de retroalimentación que afecta ambas partes e inscribe a uno en el otro se ha transformado y reformulado afectando la percepción que los individuos tienen de sí y del nuevo cuerpo social que habitan.

En su momento, a través de las instituciones, los individuos encontraban su lugar en el mundo y se establecían en él siguiendo las normas de conducta que delimitaban los cánones sociales. Es decir, las reglas eran claras, los roles bien definidos y los códigos de orientación socialmente compartidos ostentaban gran estabilidad. Pero en las sociedades líquidas estos referentes ya no gozan de este privilegio; los individuos descreen de ellos y le son indiferentes en tanto no delegan en ellos ni confían en las instituciones el destino de sus vidas. Por lo tanto “las pautas y configuraciones ya no están determinadas y no resultan autoevidentes de ningún modo; hay demasiadas, chocan entre sí y sus mandatos se contradicen” (Bauman, 2002, pág. 13).

La visión de Bauman refleja que las pautas no dejaron de existir sino que fueron perdiendo el valor trascendental e incuestionable que atesoraban en otro momento. Y la indiferencia o apatía del sujeto no se da, como aparenta, por falta de preceptos o que aporten orden y sentido, sino todo lo contrario, por su multiplicación. Tal como afirma el

autor, *las pautas son demasiadas*, y como reafirma Lipovetsky, “el deambular apático debe achacarse a la atomización programada” (Lipovetsky, 2002, pág. 42), instrumento del orden capitalista, quien mediante la utilización de los medio de comunicación y su constante bombardeo de información cumplen un rol determinante en la producción de estos sujetos apáticos y desinteresados por los asuntos públicos. “Cuanto más los políticos se exhiben en la tele, más se ríe la gente, cuantas más octavillas distribuyen los sindicatos, menos se leen. Indiferencia por saturación, información y aislamiento” (Lipovetsky, 2002, pág. 43-44).

En el mismo sentido Castoriadis plantea que el proceso identificatorio que enlazaba al individuo con su comunidad y significaba un vínculo individuo-sociedad marcado por la recíproca representatividad y mutuo reconocimiento en ambos extremos de la ecuación, circula por lugares que hoy están en crisis, es decir las instituciones (la familia, la educación, el Estado, el trabajo, la religión, etc.). Como dijimos anteriormente, no es que esos lugares no existan y el ser humano pueda vivir sin ellos, sino que su rol tradicional ya no lo es y su vitalidad remite a otros tiempos. Pero el vacío que sí acusa Castoriadis es la no existencia de “ninguna totalidad de significaciones imaginarias sociales que pueda hacerse cargo de esta crisis de apuntalamientos particulares” (Castoriadis, 1997, pág. 157). Lo que existe es una proliferación de discursos e informaciones aisladas e incapaces de transformar el conjunto de individuos en una comunidad consciente de sí misma.

Para el autor, el papel de las significaciones imaginarias sociales cumple una triple función: albergan las *representaciones* que del mundo tiene la sociedad, es decir, son el prisma a través del cual el individuo-sociedad percibe la realidad; en segundo lugar determinan lo que se debe hacer y lo que no, o sea, imponen la *finalidad* a la que debe obedecer toda acción del individuo; y en tercer lugar dan forma al tipo de afectos característicos de una sociedad, es decir, producen subjetividad, se genera un movimiento instituyente que engloba y legitima un conjunto de afectos.

A la luz de esta herramienta conceptual que introduce Castoriadis podemos analizar los fenómenos psico-sociales de nuestros tiempos y acercarnos al entendimiento de los procesos de producción de subjetividad en el individuo contemporáneo.

Ante la crisis de las instituciones y valores que sostienen la vida social del hombre y con los ojos puestos en sí mismo y desviados del espacio público que era el lugar donde se

procesaban las contradicciones de la vida individual, el sujeto se repliega sobre sí mismo dando lugar a una exacerbación del individualismo, un rasgo tan característico de nuestros tiempos.

El deterioro de las significaciones imaginarias sociales hace tambalear el sistema de valores que rodeaban y daban sentido a toda actividad humana. “El juez incorruptible, el funcionario weberiano, el docente consagrado a su tarea como el obrero para quien su trabajo, a pesar de todo, era una fuente de orgullo. Semejantes personajes se vuelven inconcebibles en el periodo contemporáneo” (Castoriadis, 1997, pág. 114). Esta cita del autor la traemos a modo de ejemplificar que esos roles tradicionales actualmente están en crisis. No compartimos la idea de que estos personajes, hijos de la disciplina y el deber, se hallen extintos. Procurando no pecar de fatalistas y bajando el perfil de la información pensamos que se trata de figuras difíciles de encontrar pero de ningún modo han desaparecido del mundo. Sino que su figura ya no reviste valores trascendentales (funcionario - Estado, docente - Educación, obrero - Trabajo y Familia) en los que el sujeto contemporáneo logre identificarse. Su figura se vuelve inoperante. De ahí la grieta que separa al hombre de sus referentes modernos tradicionales y el vacío de sentido que produce la falta del colectivo que tramitaba estos valores mediante las instituciones.

De esta manera, y ante la falta de certezas a largo plazo, que siguiendo a Bauman es una de las características del individuo que flota en las aguas de la sociedad líquida, la ‘*gratificación instantánea*’ (Bauman, 2002) parece ser la alternativa que viene a llenar ese vacío y calmar la angustia de una existencia solitaria y plagada de incertidumbres. Representa una solución interesante para el individuo necesitado de seguridades.

La compra desaforada de objetos de consumo es una conducta que refleja la búsqueda del sujeto de ese *algo* que le de felicidad en medio del desierto en el que vive. El consumismo se generaliza y se convierte en un imperativo social. Por supuesto, con la complicidad del sistema capitalista que detecta en este fenómeno consumista, inédito en la historia, una oportunidad inmejorable para expandir su producción y aumentar las ganancias de las clases encumbradas siempre tan cercanas al poder.

Tal como plantea André Comte-Sponville (2004): “el triunfo del individualismo (...) es compatible con el capitalismo. Quizás incluso es su expresión máxima” (p. 46). Además, también agrega que el individualismo fabrica excelentes consumidores. Este planteo está en sintonía con la idea de Ignacio Lewkowicz quien señala una diferencia sustancial

entre los *tipos antropológicos* (Castoriadis, 1997) resultantes del estado nacional y los producidos por el estado *tecnoadministrativo* (Lewkowicz, 1998). Mientras el primero estaba compuesto por ciudadanos regidos por ideales de progreso y justicia, el segundo representa un mercado compuesto de consumidores (Lewkowicz, 1998). Digamos que el ciudadano atento a su medio social es sucedido por el individuo autocontemplativo al que solamente le preocupa su bienestar. Por lo tanto, consumir representa la vía más inmediata de satisfacción del individuo contemporáneo (Bauman, 2007). Esto sugiere que nuestra sociedad desde el punto de vista económico no corre graves peligros, más allá de los altibajos de los ciclos económicos. Donde sí existen amenazas advierte Comte-Sponville (2004) es en la incapacidad de nuestro cuerpo social de producir *vínculo*: “no consigue formar comunidad, no consigue producir sentido” (p. 46).

Los ciudadanos están sin brújula sostiene Castoriadis y es a causa de la descomposición de las significaciones sociales imaginarias referidas anteriormente. El sujeto a la deriva es susceptible de dejarse seducir por el fetichismo de los objetos de consumo. Ya lo anticipaba Marx cuando observaba que los hombres tratan a un objeto como si fuera un fetiche, y plantea que nuestro error como sociedad consiste en la fascinación que sentimos por los objetos debido al fetichismo que gira en torno a ellos pero no somos lo suficientemente conscientes del proceso de producción que hay detrás de esas mercancías, de la masa social que fabricó ese objeto. Existe una alienación del hombre por el objeto.

“Para los que las producen (a las mercancías), su propio movimiento social adquiere la forma de un movimiento de cosas, y en vez de controlarlo se ven sometidos a su control” (Marx, Engels, en Fetscher, 1971, pág. 32).

Como dice Bauman, “los esfuerzos productivos requieren cooperación” (Bauman, 2002, pág. 175). Los objetos se producen gracias a un esfuerzo colectivo, aunque este solo sea una suma de fuerzas. Pero el consumo es una actividad netamente solitaria, por más que se consuma en compañía.

En tanto *cuasimonopolio ideológico* (Comte-Sponville, 2004) de expansión ilimitada que ejerce “un dominio total de los datos físicos, biológicos, psíquicos, sociales y culturales” (Castoriadis, 1997, pág.112), el capitalismo logra conjugar su lógica reproductiva y expansionista incentivando el consumismo mediante la circulación de bienes destinados a tal fin, es decir, a ser consumidos y posteriormente desechados. Para amedrentar el consumo cuenta con una infinidad de mecanismos, quizás el más potente y de mayor alcance sea la publicidad a través de los medios masivos de comunicación, que le

asegura al privado el arribo directo de su producto o servicio a los ojos y oídos de potenciales clientes. El desarrollo de las tecnologías de la comunicación ha intensificado este fenómeno. Los mensajes se transmiten utilizando sutiles métodos de manipulación psicológica a gran escala (Lipovetsky, 2006) que incitan al sujeto a comprar. Sugieren al espectador que el producto que ve en pantalla le proporcionará la satisfacción esperada. La matriz comunicacional funcional al orden capitalista que dispara estos mensajes vende la ilusión de complacer las necesidades y se autoatribuye la capacidad de colmar las expectativas de los consumidores. Los mensajes aterrizan sobre un campo minado por individuos solos y temerosos, proclives y, porqué no, deseosos de que un orden superior les marque lo que deben hacer para alcanzar su bienestar. Y por ahora ese imperativo es: compre.

Una serie de contradicciones se dan en este proceso. En primer lugar, tal como plantea Bauman, de los objetos que son ofrecidos en el mercado, por regla general, ninguno satisface necesidad alguna, ni física ni psicológica. “Crean la ilusión de un pleno goce” (Ramiro A., Arango, B., Martínez, J., 2013). En el mejor de los casos el efecto que produce es de corto alcance y tiene fecha de vencimiento, empero se desecha el objeto antes que esta caduque. “Incluso si alguno funciona de la manera esperada, la satisfacción que produce es de corta duración, ya que en el mundo de las consumidores las posibilidades son infinitas, y es imposible agotar la cantidad de objetivos seductores” (Bauman, 2002, pág. 78). Pensamos que esta contradicción entre expectativas y realidad calza perfecto en la estructura capitalista, es más, representa uno de sus axiomas que plantea Guattari (axioma de clausura). Los productos que integran el mercado deben renovarse constantemente, es uno de los principios básicos del sistema capitalista. El consumidor ve el producto, lo paga, lo usa y lo tira; surge un nuevo producto, lo paga, lo usa y lo vuelve a desechar; se maquilla un producto viejo y se lo relanza como nuevo y eficiente, y el ciclo se vuelve a repetir. Por este mecanismo el flujo de consumo no se detiene nunca. Si los objetos ofrecidos provocarán verdadera satisfacción el ciclo de producción y expansión chocaría con sus propios límites.

La segunda contradicción tiene que ver con una crítica que realiza Castoriadis a Lipovetsky en cuanto a su idea de *individualismo*. Lipovetsky entiende que “la oferta abismal del consumo desmultiplica las referencias, (...) exacerba el deseo de ser íntegramente uno mismo, (...) transforma a cada uno en un vector de diferenciación de los seres” (Lipovetsky, 2002, pág.108). Es decir que existe un proceso de personalización según este autor, una revolución individual por la cual cada uno es

dueño de su autorrealización. Pero Castoriadis critica esta postura y sostiene que no hay narcisismo ni personalización alguna. “Cuando un individuo compra un refrigerador o un automóvil, hace lo que hacen otros cuarenta millones de individuos, así que no existe ni individualidad ni autonomía; es una de las mistificaciones de la publicidad contemporánea. (...) Y aquí esta la confusión imperdonable de gente como Lipovetsky y otros” (Castoriadis, 1997, pág. 123). Lo que él plantea es que existe conformismo, el capitalismo no quiere autonomía, sino crear sujetos conformistas.

En un marco global donde el consumo deviene significativo contemporáneo separado de toda función social con individuos persiguiendo el placer como último fin supremo, los vínculos interpersonales también son absorbidos y adquieren la condición de mercancía, es decir, pueden ser utilizados y desechados cuando se crea necesario. Quizás un claro ejemplo sea la corta vida que tienen las relaciones de pareja; las que logran sobrevivir, pocas son las que optan por el compromiso del matrimonio (otra institución agonizante). Después de todo, el vínculo se sostiene hasta que los dos o uno de los dos integrantes de la pareja siente que la unión ya no le brinda bienestar y decide romper el vínculo. Por lo tanto adscribimos al planteo de Bauman: “los vínculos y las asociaciones tienden a ser visualizados y tratados como objetos a ser consumidos, no producidos; están sujetos a los mismos criterios de evaluación de todos los demás objetos de consumo” (Bauman, 2002, p. 173) Mientras el sujeto inseguro reclame imperiosamente la satisfacción inmediata, rechazará todo aquello que se interponga entre su deseo y la gratificación esperada. Sea un objeto, sea una persona. El culto al placer no discrimina, aplica el mismo criterio de comparación tanto a individuos como a cosas.

El encuentro con el otro se vive como instancia de evaluación: si se presenta satisfactorio tal y cual se presenta, lo aceptamos, lo utilizamos, lo consumimos hasta agotarlo y ante el primer desencuentro lo descartamos. En ningún momento consideramos la posibilidad de producir algo nuevo con ese otro, de experimentar el encuentro como una instancia de construcción colectiva que habilite a forjar vínculos ajenos a toda perspectiva hedonista en la que generalmente estamos parados y desde la cual le exigimos al mundo la satisfacción de nuestras necesidades.

Al mismo tiempo que el sujeto percibe a sus pares como un obstáculo entre el placer y yo, se vuelve intolerante, y la vivencia subjetiva es: *la sociedad es el mal* (Castoriadis,

1997). “El hombre contemporáneo típico hace como si sufriera la sociedad a la que, por lo demás, siempre está dispuesto a imputar todos sus males” (Castoriadis, p. 31).

Para reforzar y ampliar nuestra visión en torno al estudio de los modos de subjetivación de nuestra época recurrimos a Deleuze (1991) y su texto *Posdata de las sociedades de control*. En dicho trabajo el autor toma como punto de partida el legado teórico de Foucault acerca de las sociedades disciplinarias para analizar la relación entre subjetividad, política y tecnología. En sintonía con el pensamiento que anuncia la crisis de las instituciones que sostienen la sociedad moderna, Deleuze vaticina el fin de las sociedades disciplinarias. Sostiene que estamos en las puertas de lo que él denomina *sociedades de control*. “Todos los centros de encierro atraviesan una crisis generalizada: cárcel, hospital, fábrica, escuela, familia. La familia es un espacio interior en crisis, como lo son los demás espacios interiores (el escolar, el profesional, etc.)” (Deleuze, 1991).

El nuevo régimen rediseña las relaciones de poder y saber. En las sociedades de control, las tecnologías digitales de la comunicación desempeñan un rol fundamental en tanto agentes de aceleración y producción del capitalismo que expande aún más los límites de su dominio. La proliferación de mensajes que fluyen a través de estos dispositivos digitales produce efectos a nivel de formación de nuevas fuerzas y nuevas subjetividades.

En tiempos disciplinarios la lógica de dominación operaba en las instituciones de encierro; “el individuo pasa sucesivamente de un círculo cerrado a otro, cada uno con sus propias leyes: primero la familia, después la escuela (‘ya no estás en la casa’), después el cuartel (‘ya no estás en la escuela’), a continuación la fábrica, cada cierto tiempo el hospital, y a veces la cárcel, el centro de encierro por excelencia” (Deleuze, 1991). Los nuevos dispositivos de dominación de las sociedades de control altamente informatizadas traspasan las viejas construcciones parcelarias de la disciplina e instauran un control al aire libre.

Lo interesante de la perspectiva deleuziana es que señala la existencia de nuevas estrategias de poder que, sin eliminar las anteriores, han logrado intensificarse a través del extraordinario desarrollo tecnológico, inscribiendo nuevos modos de sujeción cada vez más sofisticados y efectivos.

La persecución y el encierro de los cuerpos dan paso al atento monitoreo del flujo de datos que circula por redes informáticas donde queda el rastro de todos nuestros movimientos. En este sentido la vigilancia se torna omnipresente, más invasiva, pero también más sutil y silenciosa. Su destreza es sorprendente y prácticamente ya nada escapa a su control. Todo interesa, toda acción deviene capital informativo, cada movimiento es capturado por la estadística, cada huella es recogida; creemos que miramos una pantalla cuando en realidad es ella quien perspicazmente obtiene una pormenorizada radiografía de nuestra privacidad; estamos a un click de exponer nuestra intimidad al mundo, cada *like* abre una oportunidad de mercado y cada afecto o comportamiento expresado digitalmente sirve de insumo para experimentos con inteligencia artificial.

Estas operaciones son las que dan paso a lo que Franco Berardi (2007) denomina semiocapitalismo. Concepto que refleja la considerable penetración del capitalismo en la esfera simbólica que tiene sus inevitables efectos en la producción de subjetividad de nuestro tiempo.

Los dispositivos móviles delatan nuestra localización, la velocidad y dirección de los desplazamientos, hasta el punto de descifrar cuántas calorías quemamos en trasladarnos de un punto a otro, entre tantas miles de funciones que el desarrollo tecnológico ha posibilitado gracias a informaciones que minuto a minuto y gratuitamente aportamos a los entornos virtuales de la infoesfera (Berardi, 2007).

Al respecto Deleuze plantea que, mientras las sociedades disciplinarias están reguladas por marcas en el cuerpo y números, lo esencial en la sociedad de control es la *cifra*. “El lenguaje numérico de control se compone de cifras que marcan o prohíben el acceso a la información” (Deleuze, 1991). Y propone como elemento paradigmático de este fenómeno el dinero: instrumento de intercambio monetario y abstracto por excelencia.

Muy afín a este devenir, el capitalismo en su etapa neoliberal de producción de acciones y no tanto de manufacturas, dirige sus modos de subjetivación a la producción ya no de ciudadanos trabajadores, sino de consumidores. Pero más aún, como decíamos anteriormente, es el capitalismo de la semiproducción agenciado por saberes como el marketing y publicidad los que forjan la creación de un nuevo personaje: el sujeto endeudado. “El hombre ya no está encerrado sino endeudado” (Deleuze, 1991). Es decir, la deuda permanente, el *bolsillo alienado* -parafraseando a Marx-, se convierte en un elemento de control social.

Toda entidad financiera conoce perfectamente nuestro nivel de acceso al consumo ya que hemos confiado a la banca mundial el cobro de nuestros sueldos, el depósito de

nuestros ahorros, la gestión de nuestras inversiones, la intermediación de nuestras transferencias monetarias, el pago de nuestros impuestos y demás gastos, etc. Pero a través de estos instrumentos financieros también se filtra información acerca de nuestra capacidad para contraer obligaciones, es decir hemos desnudado nuestra capacidad de endeudarnos. La popular frase *divide y triunfarás*, puede ser traducida como endeuda y triunfarás para resumir sencillamente esta estrategia de dominación y sujeción.

Del Otro que no existe y aproximación al síntoma

En un medio sin estructuras, el peso de la existencia cae directamente sobre los individuos. “Vertiginosos cambios en las organizaciones sociales y familiares, las novedades en materia de legislación actuales, los cambios en las pautas de crianza y educación” (Soria, L. et al. 2014). Cada uno es libre pero carga con la responsabilidad de buscar los caminos por los cuales transitar la vida. Este marco referencial deviene arbitrario debido a las transformaciones de las estructuras que sostenían lo social. Estructuras sociales devenidas impotentes discursivamente e incapaces de responder por el individuo; la disfunción institucional expone al sujeto a la tiranía de sus inquietudes existenciales.

Desde la perspectiva lacaniana el medio social es uno de los representantes del gran Otro. Otro que inscribe al sujeto en el mundo de las significaciones; es el orden trascendental que determina al sujeto y posibilita su nacimiento en tanto sujeto devenido agente de ese orden exterior y anterior. “Asigna la alteridad radical, la otredad que trasciende la otredad ilusoria de lo imaginario. (...) -Se- equipara esta alteridad radical con el lenguaje y la ley, de modo que el gran Otro está inscrito en el orden de lo simbólico” (Evans, 2007, p. 143).

Es decir que la relación establecida con esta constelación de significantes determinará el ser y estar del sujeto en el mundo. Lugar y modo particular de vincularse con este “tesoro de significantes” (Lacan, s.f.), y la naturaleza de este vínculo va a depender del lugar que dicho significante ocupe en la estructura. Por ejemplo, el significante *familia* no *significa* en la actualidad lo mismo que significaba en los tiempos de las sociedades patriarcales. Y lo mismo se puede decir del valor simbólico que representan otros

significantes (Estado, justicia, educación, etc.) devenidos en crisis en la actualidad: simbólicamente no revisten el mismo valor de otras épocas, se inscriben en otro orden de significantes.

En la actualidad existe cierto consenso en cuanto a que el gran Otro ya no existe, o al menos su carácter imperativo no supone un alcance universal como soporte del Nombre del padre. Miller y Laurent (2005) sostienen que la era del Nombre del Padre remite a tiempos freudianos, es decir a lo imperativo de la ley, la autoridad y los mandatos universales, lo cual revela la existencia del Otro. Ahora bien, Lacan tomó este concepto no para reproducirlo, sino todo lo contrario, “para ponerle fin, (...) lo que estalló cuando presentó los *nombres del padre*, lectura que pluraliza el Nombre del Padre” (Miller, J. Laurent, E., 2005, p. 10). Es decir que ante el desmantelamiento del nombre del padre como monopolio absoluto de ingreso a lo simbólico, se inauguró un período de incertidumbre y un estallido de multirreferencialidad discursiva en el que ningún marco consigue moldear el cuerpo social y alinear a los sujetos.

No existe el Otro que sostenga el lazo social y le sirva al sujeto “para identificarse y situarse con respecto a los demás” (Nominé, 2008, p.89). Dicho lazo se debilita cada vez más y el sujeto se ve a sí mismo ante el abismo de una existencia desprovista de recursos simbólicos, ya que el gran Otro no le responde.

Del lazo social y el discurso del capitalismo

Lacan sostiene que todo sujeto está dividido indefectiblemente, es decir que no podemos hablar de un sujeto que por sí mismo esté constituido como tal.

La teoría de Lacan gira en torno a la noción de que todo sujeto es un sujeto en *falta* como resultado de la castración. Esa falta constitutiva del ser produce una pérdida irrecuperable, imposible de obturar en tanto *llenar* la falta, pero si recuperable como deseo. Es decir el deseo se produce en relación a la falta.

“La dimensión del deseo aparece intrínsecamente ligada a una falta que no puede ser satisfecha por ningún objeto real (...). El único objeto capaz de responder a esa propiedad no es otro que el objeto de deseo, ese objeto que Lacan denominará objeto

a, objeto del deseo y objeto causa del deseo a la vez, objeto perdido” (Dor, 1997, p. 162-163).

Es decir que el sujeto, ese ser castrado nacido de la separación irreversible de su objeto de deseo (pecho materno) emprende una búsqueda de objetos sustitutivos que le remitan a ese estado de unificación plena que elimina toda barrera existente entre él y su objeto de deseo, a ese “goce total” del vientre materno.

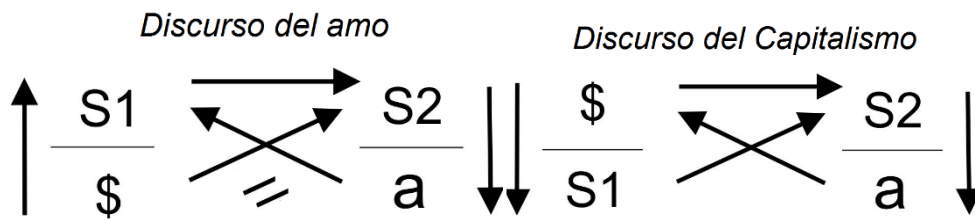
“Unificación total, de abolición de la diferencia y de la distancia (...) se relaciona con el deseo inconsciente de unidad con el objeto original de deseo, es decir, la madre, y más específicamente, del pecho como parte integrante del sujeto” (Castoriadis, 1993, p. 217-218).

Hacemos referencia a este principio básico de la teoría lacaniana para entender cómo se enmarca el discurso del capitalismo en esta dinámica deseante y dar cuenta del lugar que articulan la falta, el deseo y el objeto.

Lacan plantea, evocando a Marx, que el capitalismo funciona en base a una lógica pulsional infundada en el *plusvalor*. Es decir ejerce conexión entre plusvalía y lo que Lacan denomina *plus de goce* (Lacan, 2006). “El discurso del capitalismo formula la apropiación de la plusvalía o plus de goce como ley del mercado” (Kelman, s.f.) Así como el amo se apoderaba descaradamente del excedente económico que se generaba por encima del valor real de producción de una mercancía, es decir de la plusvalía, fin último de la producción, bajo la figura del plus de goce podemos observar un mecanismo similar.

La caída de lo simbólico en su conjunto devenido pluralización del nombre del padre produce una “circulación de goce en sus variados modos sin regulación simbólica, acelerado por los efectos de la producción de la ciencia y la técnica que enloquecen los cuerpos” (Kelman, s.f.) Es decir que el mercado en la actualidad representa un área de circulación de objetos fetiche atribuyéndose la capacidad de calmar la angustia de los sujetos en falta. Así como se apodera de la plusvalía desde el punto de vista económico, también presume y hace creer que está en sus manos el poder sanador de la falta de los objetos que promociona.

El discurso capitalista parte de una modificación que Lacan realiza en el matema del discurso del amo invirtiendo el lugar que ocupan en el esquema el significante Amo (S1) y el significante sujeto (\$, o S barrada) como se puede apreciar en la imagen:



Soler (2007) explica cómo repercute esta inversión de los lugares: “se encuentra escrita en lo que se escribe en el discurso del amo y que no se escribe en el discurso capitalista. En la línea superior Lacan escribe el imposible para el significante amo de hacer barrera pulsional con el saber (...). En la línea inferior Lacan escribe lo que llama una barrera entre la producción de goce y la verdad de goce, lo que significa que el imposible de la línea superior repercute en una hiancia entre el goce programado en el discurso y la verdad del goce peculiar del sujeto. En el discurso capitalista no hay este imposible y Lacan marca la diferencia con las flechas que constituyen un círculo continuo, cerrado (p. 137).

Mientras en el discurso del Amo, éste representado por su significante S1, recurre al saber del esclavo (S2) (Lacan, 2006) para que trabaje y produzca el objeto de goce (a), la inversión que se produce en el discurso capitalista es que tenemos a \$ (sujeto dividido) confiándole esta vez al saber (ya no esclavizado sino científico) la producción de su objeto de goce. El amo desciende al lugar de la verdad oculta y opera como imperativo de goce ya que la barrera que en el discurso del amo imposibilitaba la circulación de goce ya no existe. El descenso de S1 también da cuenta de la caída de lo simbólico, de la imago paterna semblante de la ley. Ante la caída de lo simbólico y las barras que cortaban el flujo de goce y un sujeto comandando el discurso del capitalismo al que se le impone una voluntad de goce (Kelman, s.f.) se inicia un proceso sin precedentes de circulación frenética de goce.

Pero este discurso tiene otra particularidad: “es después de todo lo más astuto que se ha hecho como discurso. Pero no está menos destinado a estallar. Es que es insostenible. Es insostenible... en un truco que podría explicarles... porque el discurso capitalista es ahí, ustedes lo ven (indica la fórmula) una pequeña inversión simplemente entre el S1 y el S..... que es el sujeto... es suficiente para que esto marche sobre ruedas, no puede marchar mejor, pero justamente marcha demasiado rápido, se consume, se consume tan bien que se consume” (Lacan, 1972).

Otra particularidad es que no constituye un discurso en sí mismo ya que todo discurso tiene por condición formar lazo social (Lacan, s.f). Chemama (2004) expone sintéticamente las condiciones del discurso: “organización de la comunicación, principalmente del lenguaje, específica de las relaciones del sujeto con los significantes, y con el objeto, que son determinantes para el individuo y reglan las formas del lazo social” (Chemama, p. 110).

Y en el marco del discurso capitalista cuya consecuencia más relevante es el descenso del significante amo y con él la caída de lo simbólico en su conjunto dando paso a un goce desanudado ante la ausencia de dicho orden simbólico derrumbado, el lazo social, es decir los códigos compartidos socialmente que nos hacían comunidad, ante esta realidad de sujetos desanudados que ven *objeto a* en cuanta vidriera, pantalla o marquesina arrastrados por el imperativo del amo que manda a gozar, el lazo social estalla en mil pedazos.

La era de los gadgets, del consumo, del sujeto y sus vínculos *precarios* (Bauman, 2002), simbólicamente pobre pero con su armario repleto de objetos relucientes, que pasivo e indiferente percibe el mundo a través de su smartphone hiperconectado a la nube pero rara vez comunicado en tanto el otro está, muy probable, tanto o más alienado en esta carrera desenfrenada por tener cosas y experimentar sensaciones que el sujeto contemporáneo libra todos los días.

Después de todo, tal como sostiene Soler (2007), lo que se obtiene es “Un goce que no satisface al sujeto, que reproduce la pérdida, el corte, que reproduce la castración primaria que evocaba Lacan en el seminario de La Angustia. No es el goce que se sueña, es un goce que cada vez recuerda al sujeto su falta central, su agujero central, que no se puede llenar (Soler, p. 22).

Síntoma

Perspectiva freudiana

En 1925-1926 Freud revisa parcialmente su teoría del aparato psíquico en el marco de la formulación de la segunda tópica. *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud 1925-1926) se convierte en un texto clave donde Freud plasma dicho replanteamiento aportando nuevas valoraciones acerca del síntoma. Desde entonces estos tres elementos serán pensados desde la perspectiva de las tres instancias que componen el aparato psíquico. A esta altura de su obra ya había abandonado la idea de que haciendo consciente lo inconsciente el síntoma desaparece, ya que la experiencia clínica refleja la existencia de un núcleo duro que se resiste al análisis entorpeciendo allí donde suponía una mejoría.

Es en *Más allá del principio de placer* (1920) donde Freud retoma este punto e introduce modificaciones al concepto de *repetición* formulado en *Recordar, repetir y reelaborar* en 1914. Allí señaló que: “el analizado repite en vez de recordar (...) Repite todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, rasgos patológicos de carácter. Y además, durante el tratamiento repite todos sus síntomas” (Freud, 1996, p.153).

A la luz del papel del Yo en la segunda tópica Freud arriba a la conclusión de que esas resistencias no parten del contenido reprimido en sí, es decir, que el analista no se enfrenta a las resistencias de lo inconsciente (González, 2013): “Lo inconsciente, vale decir, lo «reprimido», no ofrece resistencia alguna a los esfuerzos de la cura; y aun no aspira a otra cosa que a irrumpir hasta la conciencia -a despecho de la presión que lo oprime- o hasta la descarga -por medio de la acción real-. (...) Es que sin duda también en el interior del yo es mucho lo inconsciente: justamente lo que puede llamarse el «núcleo del yo»; (...) la resistencia del analizado parte de su yo; hecho esto, enseguida advertimos que hemos de adscribir la compulsión de repetición a lo reprimido inconsciente” (1920, p. 19-20).

De ese *mucho inconsciente* en el campo del Yo al que refiere Freud es de donde parte la represión. Esta nueva función represiva atribuida al Yo incide directamente en la concepción freudiana acerca de la formación del síntoma.

La resistencia parte desde el núcleo inconsciente del Yo impidiendo el acceso directo de los impulsos inconscientes a su realización en la acción, y estos perseveran en la

compulsión a la repetición. El Yo negocia con lo reprimido su condición de salida al exterior, surgiendo de esta operación las variadas manifestaciones del síntoma.

En esta etapa de su obra Freud intenta descifrar la relación existente entre el principio de placer, al cual responde el Yo, y la compulsión a la repetición de los contenidos reprimidos. “No hay duda de que la resistencia del yo consciente y preconsciente está al servicio del principio de placer. En efecto: quiere ahorrar el displacer que se excitaría por la liberación de lo reprimido, (...) ¿qué relación guarda con el principio de placer la compulsión de repetición, la exteriorización forzosa de lo reprimido?” (2004, p.20).

El razonamiento de Freud desnuda una aparente contradicción: si el yo actúa en favor del principio de placer, ¿qué lo incita a promover el eterno retorno (Nietzsche, 2009) de mociones pulsionales reprimidas que, en tanto tal, generan displacer? ¿bajo qué circunstancias y con el objetivo de qué, soporta esta condición?

“Si en lo anímico existe una tal compulsión de repetición, nos gustaría saber algo sobre la función que le corresponde, las condiciones bajo las cuales puede aflorar y la relación que guarda con el principio de placer, al que hasta hoy, en verdad, habíamos atribuido el imperio sobre el decurso de los procesos de excitación en la vida anímica” (Freud, 2004, p. 23).

En vías de superar el enigma y despejar la contradicción, Freud emprende la búsqueda del eslabón perdido que le permitirá comprender el sentido de estos mecanismos del aparato anímico. Se aproxima a un concepto clave de su teoría: la pulsión de muerte. Mediante este concepto descubrirá la satisfacción pulsional rechazada por el Yo existente en este displacer yoico.

“En vista de estas observaciones relativas a la conducta durante la transferencia (...) osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer (...) compulsión de repetición y satisfacción pulsional placentera directa parecen entrelazarse en íntima comunidad” (Freud, 2004, p. 22).

Lo que genera placer en conductas autodestructivas es la satisfacción de esta clase de pulsiones de agresión. Mientras la pulsión de vida abarca las funciones sexuales y las de autoconservación y tiende a reproducir la vida construyendo “unidades cada vez mayores y a mantenerlas” (Laplanche, Pontalis, 2004 p. 342), las pulsiones de muerte

“tienden a la autodestrucción (...) manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva” (p.336).

El masoquismo -comportamiento compulsivamente autodestructivo por excelencia-, la reacción terapéutica negativa y el sentimiento de culpa de los neuróticos constituyen la evidencia clínica en la que Freud demuestra la existencia de la pulsión de muerte.

“Ha de ser más bien un estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira a regresar por todos los rodeos de la evolución” (Freud, 2004 p. 38).

Como referíamos al principio del capítulo, *Inhibición, síntoma y angustia* (1925-1926) representa un texto crucial donde Freud da forma definitiva a su concepción del síntoma.

La inhibición en Freud aparece asociada a la disminución de una función yoica: “habla de inhibición donde está presente una simple rebaja de la función (...) –por ejemplo- la función sexual, la alimentación, la locomoción y el trabajo profesional” (p. 83). Es decir que la inhibición es un proceso puesto en marcha por el yo para desarticular acciones que por asociación están ligadas a ideas o vivencias penosas que lo situaría en un doble conflicto con las exigencias del ello y las del superyó.

La nueva teoría de la angustia que formula en este escrito explica la relación entre ésta y la formación del síntoma. Ahora la represión de los impulsos inconscientes será disparada ante la señal de angustia. “Toda formación de síntoma se emprende sólo para escapar a la angustia” (Freud, 1986, p. 136).

La angustia es producida por el Yo ante la percepción de un peligro y es a causa de la angustia que se activa la represión. Aquí Freud hace una distinción entre angustia real y angustia neurótica. La primera refiere a peligros reales y exteriores, mientras que la neurótica se asocia a peligros internos. En circunstancias que se consideran peligrosas, el Yo experimenta angustia y se monta el operativo defensivo contra las representaciones perturbadoras. La lucha del neurótico es de carácter pulsional, es decir, su Yo se defiende del peligro que le significa lo inaceptable de sus pulsiones, y la represión se produce a condición de la angustia, angustia de castración, o sea, ante la pérdida del objeto. “Así, la angustia sería el fenómeno fundamental y el principal problema de la neurosis” (p. 136).

El intento fallido del neurótico por reprimir y huir de la castración da lugar a la formación del síntoma. Freud plantea que la represión tiene efecto solamente sobre la representación y apunta a separarla del afecto que la acompaña (González, 2013) - mecanismo defensivo del aislamiento- y los afectos quedan desligados esperando volver a asociarse a otras representaciones -desplazamiento-.. En tanto permanecen desligados devienen angustia. “Los síntomas ligan la energía psíquica que de otro modo se habría descargado como angustia” (Freud, 1986, p. 136).

De esta manera el síntoma aparece como la “solución” que encuentra el Yo ante el desborde de angustia. Es el camino intermedio que le permite atender las exigencias del orden pulsional sin abandonar del todo su tendencia a mantener el aparato anímico libre de tensión. Pero el Yo no solamente se debe al principio de placer sino que también debe atender las exigencias del superyó (Freud, 1923). Cuando las satisfacciones pulsionales pretendidas por el ello entran en conflicto con el yo, este pone en marcha la represión y se forma el síntoma. Es el triple vasallaje (Freud, 1923) que somete al Yo a responder las demandas pulsionales del ello procurando no entrar en conflicto con la imperativa presencia del superyó y responder adaptativamente a las exigencias del mundo exterior.

En estas circunstancias Freud sostiene que la formación de síntoma representa la ganancia primaria de la enfermedad, en tanto formación de compromiso que atiende las exigencias de las tres instancias. “Si se obstaculiza la formación de síntoma, el peligro se presenta efectivamente o sea, se produce aquella situación análoga al nacimiento en que el yo se encuentra desvalido frente a la exigencia pulsional en continuo crecimiento” (1986, p. 136). El síntoma es la instancia negociadora que permite al Yo anudar la angustia, significar, que de no ser posible desencadenaría una excitación pulsional que no conformaría a ninguna de las tres instancias y compromete seriamente el equilibrio anímico del sujeto.

En cuanto a la lucha del Yo contra el síntoma Freud (1925) señala que existe un mecanismo del Yo para adaptarse a esa parte del mundo interior que le es ajeno, desconocido, y que aparece representado únicamente a través del síntoma. Es un intento del Yo por añadirse el síntoma a su dominio, por incorporarlo a su ámbito, obteniendo una satisfacción narcisista de la que estaba privado. Por ejemplo, el sujeto detecta que por estar afectado recibe de los demás una dosis de afecto, protección, atención, cuidados, comprensión, compasión, bienes materiales, así como también evita demandas del mundo exterior (Freud, 1991). A esto Freud lo llama ganancia secundaria y es uno de los obstáculos más grandes con los que choca el análisis.

Perspectiva de Lacan

Lacan sigue la línea de Freud al considerar el síntoma en sus dos vertientes, es decir, como una formación del inconsciente y como una instancia de transacción en un conflicto pulsional. La novedad que introduce Lacan radica en abordar los síntomas neuróticos en términos lingüísticos (Evans, 2007). Sostiene que las leyes del funcionamiento del inconsciente son asimilables a las leyes de funcionamiento del lenguaje. Establece un paralelismo entre los mecanismos de desplazamiento y condensación descritos por Freud, con otros de orden lingüístico: metáfora y metonimia.

En Lacan, el inconsciente aparece estructurado como un lenguaje (Lacan, 1993): “la lingüística (...) le da su status al inconsciente” (p.28). En tanto formación proveniente de una estructura inconsciente diseñada en términos lingüísticos, el síntoma es considerado por Lacan como un mensaje encriptado formulado al Otro, es portador de un saber inconsciente, no sabido por el sujeto y que es posible descifrar (González, 2013).

En este orden cobra vital importancia el sentido que da Lacan a los términos metonimia y metáfora: “la metonimia tiene que ver con los modos en que los significantes pueden combinarse/vincularse en una cadena significante, mientras que la metáfora se refiere a los modos en que un significante de una cadena significante puede ser sustituido por otro significante en otra cadena” (Evans, 2007, p.129).

Hacia 1957 (Evans, 2007) el síntoma es presentado como una metáfora, es decir, “como la sustitución significante de un significante reprimido por otro nuevo. El nuevo significante (el síntoma) mantiene un lazo de semejanza con el significante reprimido al que reemplaza” (Dor, 1994, p. 75). Es decir que el proceso metafórico que plantea Lacan constituye un reemplazo donde el significante síntoma viene a ocupar el vacío de sentido que inscribe la no simbolización de un conflicto pulsional reprimido. El hueco discursivo que produce la represión de representaciones reprimidas y rebeldes al orden simbólico, es rellenado por el síntoma. Éste envuelve una verdad velada que el sujeto sufriente no logra inscribir en la palabra. En este sentido Miller (1994) retoma la expresión de Lacan (1966) “envoltura formal del síntoma” y sostiene que “el síntoma no es todo significante, y lo negativo evocado por esa envoltura formal del síntoma es que él envuelve goce, materia gozante” (Miller, 1994, p. 15). Se da a entender entonces que el síntoma, *lo negativo* del síntoma, es decir, el padecimiento del mismo, revela una forma de goce pulsional. Con el término *gocce* Lacan designa esta particular forma de

satisfacción pulsional inconsciente que no necesariamente produce placer a nivel consciente (Gonzalez, 2013).

Goce hace alusión directa y condensa perfectamente lo que Freud buscaba en ese *más allá* siguiendo la huella de la satisfacción pulsional. Pero el carácter indeterminado y difuso del objeto que produce satisfacción elevó al síntoma a la categoría de principal enigma en la práctica psicoanalítica como tal. Y como sostiene González (2013) “en la realidad no existe una satisfacción posible para la pulsión, es una utopía, se trata de una falta estructural, de la cual el sujeto no quiere saber” (s.p.). En este contexto de vacío y desconocimiento radical surge el síntoma para enmendar la falta, para amortiguar y desnudar la insatisfacción pulsional, sin reparar en que dicho reemplazo sea por un goce destructivo.

Así comprendemos la irrupción del síntoma y su compulsión a la repetición que indicaba Freud; el sujeto no quiere saber de su falta, rechaza su castración estructural y rehúsa cerrar los caminos del placer pulsional. En el síntoma encuentra esa llave que lo transporta a un goce pulsional alcanzable solamente por la vía sintomática, pero a costo del padecimiento consciente. Y a su vez, a través del síntoma, se denuncia que dicha satisfacción no es posible; que el síntoma es una salida alternativa pero de ningún modo satisface plenamente la exigencia pulsional.

“El síntoma no es definible de otro modo que por la manera en que cada uno goza del inconsciente en tanto que el inconsciente lo determina” (Lacan, reunión febrero 1975).

Con el término *fantasma* Lacan designa la forma particular de goce que cada sujeto se inventa, a través de la cual se hace creer a sí mismo que un estado de plena armonía puede ser alcanzado, que el imperativo pulsional se puede satisfacer. Según Miller (1989) “el fantasma es como una máquina para transformar el goce en placer (...) para domar al goce, pues por su propio movimiento el goce no se dirige hacia el placer sino hacia el displacer” (p.20). Es decir, está destinado a guiar al sujeto en su elección de los diversos objetos a que el mundo le ofrece como alivio, para llenar esa falta estructural que produjo la pérdida irreversible del objeto *a*.

Discusión

El síntoma y el dolor de una época

A la luz de los ejes temáticos expuestos anteriormente destinamos este capítulo a discutir la cuestión del síntoma desde una perspectiva actual, es decir, pensar el síntoma en relación a los modos de subjetivación contemporáneos y las particularidades de su formación en base a un nuevo tratamiento del padecimiento contemporáneo.

“El sujeto se ve empujado a gozar sin medida, a renegar de la separación del objeto (...) Así, el ser hablante profundamente separado del Otro, pretende sin embargo no separarse de su objeto. Y el mercado le ofrece lo que sea para que su adicción al objeto sea ininterrumpida” (Torres, M. p. 2). El mundo del discurso capitalista y su canilla libre de placer engendra en su núcleo toda una serie de nuevas entidades patológicas tales como depresión, toxicomanía, bulimia, anorexia, y una amplia gama de adicciones. Berardi (2007) introduce en este campo una nueva categoría llamada psicopatologías de la expresividad en las que incluye disfunciones como la dislexia, TDAH y pánico. Pero qué denuncian estos sujetos al demostrar comportamientos tan inadaptados y autodestructivos.

En el caso de Berardi se sigue la vertiente que rechaza la visión represiva para la comprensión del padecimiento contemporáneo. Refiere que las patologías de la hiperexpresividad se hallan en el orden conceptual de la infoesfera y al continuo flujo de estímulos infonerviosos. “Un exceso infinito de signos que circulan en la infoesfera saturando la atención individual y colectiva” (Berardi, 2007). El autor plantea la existencia de desórdenes psicomotrices y cognitivos con raíces en el bombardeo semiótico hiperexpresivo que hiperexita el umbral sensitivo del sujeto y compromete el rendimiento de funciones cognitivas como la atención produciendo un estado de dispersión y malestar.

Sinatra (2008) sitúa al toxicómano como el paradigma posmoderno por excelencia. Este personaje encarna perfectamente el rechazo a la castración y la desesperada búsqueda por llenar el vacío y evitar la separación de objeto. “Él es quien, por excelencia, no se avergüenza de su goce, él es aquel que lo muestra hasta el extremo de inventarse un ser a partir de una nominación que le viene como anillo al dedo desde el Otro social para seguir gozando en el autismo tóxico” (p. 5). Él revela el carácter gozoso del superyó contemporáneo, es el imperativo llevado al extremo, es la doctrina hegemónica encarnada en acción. Mientras la culpa histórica era el extremo del superyó freudiano que elevaba la sofocación de los placeres al pedestal de los valores modernos, el goce

del toxicómano que no para de introducir sustancias a su cuerpo activadoras de sensaciones que le confirman que está vivo y a tiempo de colmar el vacío, es la cúspide de la doctrina contemporánea donde gozar es virtud. Hoy se incentiva lo que antaño se penaba.

Con respecto al significativo depresión podemos decir que inscribe la culpa en relación a la imposibilidad de cumplir con el imperativo de gozar y denuncia dicho mandato. El sujeto se ha quedado solo ante la ruptura del lazo con el Otro y ahora recae sobre él la responsabilidad de colmar la falta estructural. El amo le ofrece objetos plus de goce, gadgets que prometen plenitud total, pero solo producen satisfacción parcial y nunca logran colmar esa falta de goce del individuo. “El sujeto se hace cargo del goce que falta (...) es de esa culpabilidad que el superyó saca su fuerza obscena” (Soler, 2007, p. 97). El superyó señala al sujeto depresivo adjudicándole toda la responsabilidad de su fracaso, es como si le dijera: “¡desgraciado! te ofrezco todo para que seas feliz, todo lo que necesitas para darle sentido a tu pusilánime existencia pero prefieres seguir nadando en tu miseria”. Éste carácter gozoso y acuciante del superyó es el que denuncia el depresivo en su repliegue narcisista rechazando sistemáticamente todo los objetos inútiles que se le presentan para aliviar su vacío. Es que la orden que emite el superyó es imposible de cumplir. Cuanto más se esfuerza el sujeto por cumplir el mandato de la felicidad, más grave es la culpa por la imposibilidad estructural de lograr ese objetivo. (Soler, 2007).

Podemos considerar entonces que los síntomas depresivos son una respuesta a esa ruptura con lo simbólico en la que subyace un resto de angustia que no se deja anudar por la palabra. Palabra que tampoco proviene de las instituciones ya que, como hemos visto, estas han perdido su función organizadora y portadora de sentido. No menos importante es la incertidumbre del mundo laboral como factor patógeno favorable a los estados depresivos. En un mundo donde se exige eficacia y rendimiento el sujeto vive bajo la constante preocupación de ser expulsado y reemplazado por otra pieza más productiva que él. Pensamos que la depresión es el correlato subjetivo que atestigua la precariedad del mundo laboral; es una manera de vehiculizar el rechazo a esa exclusión que teme el sujeto.

Lo real y preocupante de la situación es que el sujeto que padece se enfrenta cara a cara con la amenaza de ser excluido ya que con la inhibición de su energía no está en condiciones de cumplir con las exigencias cotidianas. Si no está “feliz” no produce, y si no produce atenta contra la lógica del sistema, por lo tanto debe ser desechado.

¿Qué solución tendrá el amo para estas personas? Recurre al saber científico cuyo conocimiento bioquímico de las estructuras cerebrales le permite manipular la dinámica de los afectos y así recuperar a los sujetos indispuestos y alinearlos nuevamente a la cadena productiva. En este movimiento señalamos por lo menos dos consecuencias: por un lado el desarrollo de una clínica que se funda en base a los efectos que produce el fármaco, y por otro, el estallido de la industria psicofarmacéutica que es una de las que más ganancias produce en la actualidad.

Peter Kramer (1994) introduce la noción de *estética de la personalidad* para referirse al intento de convertir al sujeto en un ser más competitivo, a fin de las exigencias actuales, trazando un paralelismo con lo que en medicina se conoce como cirugía estética, que retoca los rasgos “antiestéticos” del cuerpo para adaptarlos en armonía con los estándares sociales de belleza de una época. Entonces, el sujeto mentalmente afectado, ese “enfermo” incompatible con el ideal, es visto ante los ojos del amo como un ser disonante, deforme, inadaptado, una personalidad mórbida y antiestética que es necesario enderezar a nivel sináptico anestesiando su padecimiento con el fin de presentarlo como un ciudadano competitivo.

Pero pensamos que este abordaje exclusivamente farmacológico del desorden psicoafectivo presenta serias limitaciones en cuanto al ámbito subjetivo del génesis del sufrir. Adherimos a la idea de Claudio Godoy (2006) acerca del carácter reduccionista de este tipo de tratamiento. Por ejemplo, en el caso de la depresión se reduce el problema a un estado de ánimo, cuando no a una cuestión puramente química. Entendemos que así se elimina la dimensión subjetiva que subyace a toda formación psicopatológica. La clínica organizada en torno al fármaco cuantifica la composición química aumentando o disminuyendo los neurotransmisores pero en este movimiento borra al sujeto, la pena se va pero con ella lo hace la voluntad; el sujeto no participa activamente en la producción de sus estados de ánimo ya que se abandonó a la acción del medicamento. En consecuencia se tiende a pensar problemas psicopatológicos desde una perspectiva de los trastornos del humor (Godoy, 2006).

Pensamos que este enfoque terapéutico centrado en la ingesta de psicofármacos comparte la misma lógica que el consumo de gadgets. Es decir, introducimos el objeto pastilla en el organismo con la ingenua esperanza de que solucionará milagrosamente nuestros infiernillos cotidianos, pero a cambio solo obtenemos un incremento del buen humor que nos mantendrá dispersos y alegres unos días. Demás está decir que su efecto es parcial y no logra inscribir cambios significativos ni mucho menos eliminar

ninguna falta. ¿Por qué? Porque lo que sigue intacto, a nuestro entender, es la relación con el Otro.

No se coma la pastilla: el Otro sigue mudo e incapaz de aportar sentido, el lazo social mantiene sus fisuras y la función simbólica conserva su status de pobreza; el fármaco no cambia las condiciones bajo las cuales emerge dolor, solamente trastoca el estado de humor a con el cual percibimos esa realidad.

¿Qué lugar tiene el psicoanálisis en esta coyuntura y qué referencia conceptual propone en tanto que el paradigma de la represión no sirve para pensar el padecimiento subjetivo actual?

El espacio analítico, la escucha analítica de la palabra es la herramienta clínica fundamental para recibir al sujeto en su singularidad, es decir, despojado de los significantes sociales que las clasificaciones nosológicas imponen ocultando la verdad que el individuo tiene para decir. Sería necesario promover la capacidad del sujeto para construir un síntoma analítico, que se anime a saber, que se atreva a cuestionar y no simplemente ver allanado su estado de ánimo (Godoy, 2006). El síntoma denuncia algo que no se puede poner en palabras, pero es a través de ella que identificamos ese núcleo subjetivo duro portador de una verdad singular que escapa al sentido y nos habla del deseo particular de ese individuo. Animar al sujeto a apropiarse de su deseo y enfrentar el dolor. Vivir la falta. Reivindicar el sentido particular de su experiencia que trascienda los criterios externos de los significantes-etiqueta que el amo impone reduciendo lo original de la verdad subjetiva a un discurso vacío y anónimo. “El psicoanálisis invita a atreverse a habitar en un mundo vivible, que incluya la experiencia de la pérdida y del vacío. Se trata de no intentar deshacerse ni de la pérdida ni del dolor, ni del vacío. Aceptar con temple habitar la lengua” (Torres, 2008, p. 4).

Se trata de inscribir al sujeto en lo que Lacan llamó *ética del bien decir* para hacer referencia al decir de aquello en lo que el sujeto está concernido en ese punto de impasse que causa lo que lo aflige (Godoy, 2006). La ética del buen decir aproxima al sujeto con su deseo y lo pone en camino de reencontrarse con el inconsciente.

Esto está en estrecha relación con lo que Massimo Recalcati (2004) conceptualiza como *tratamiento preliminar* en cuyo marco se procura recuperar al sujeto del inconsciente. Sostiene que el discurso del capitalista y su promoción de objetos que prometen eliminar la privación estructural inherente al ser, y el discurso de la ciencia que se autoproclama como el paradigma de la verdad, operan una exclusión-expulsión del sujeto del inconsciente (Recalcati, 2004). Como veíamos anteriormente al referirnos al tratamiento

psicofarmacológico, el autor plantea que actualmente proliferan terapias que someten la voluntad de saber a la voluntad de curar sin querer saber, es decir, ya sea provocando estados de ánimos positivos pero discordantes con la situación real del sujeto, o eliminando los síntomas antiestéticos que obstaculizan la adaptación del sujeto al sistema renovando el repertorio conductual con nuevos y más acertados comportamientos. El autor rechaza este paradigma de la imposición: imposición afectiva e imposición conductual. “La operación preliminar en este caso consiste en propiciar en la apertura del sujeto un pregunta sobre la causa de su sufrimiento” (Recalcati, 2004 p. 4). Aquí está en sintonía con Godoy (2006) en tanto que para éste un sujeto que desea emprender el camino hacia la verdad, su verdad, constituye un analizante. Para el psicoanálisis el analizante es aquel que quiere saber. “Debe privilegiarse la verdad de la causa sobre la supresión del sufrimiento sintomático. La voluntad de saber debe rebasar la voluntad de curar” (Recalcati, 2004, p. 4).

Desde nuestra perspectiva pensamos que esta iniciativa constituye un verdadero desafío para el psicoanálisis en la actualidad. Aún más considerando el espíritu cínico y festivo que domina nuestro mundo y el rechazo radical hacia todo lo que suscite esfuerzo, paciencia, resignación y temple, actitudes indispensables para penetrar a punta de palabra la maleza detrás de la cual el sujeto se encuentra consigo mismo,

En este contexto Recalcati plantea una transformación ética de la técnica. La nueva cuestión preliminar propone una aplicación del psicoanálisis a un nivel social que trascienda las habitaciones de la clínica. La reivindicación del sujeto del inconsciente debe actuar directamente en el pliegue de los lazos sociales. Lazos dispersos y desanudados por la caída del Otro. Pero en este punto Lewkowicz (2002) interviene con una alternativa interesante que destaca la posibilidad de, en medio de la dispersión de los lazos que forja una identidad frágil, poder devenir en esa fragilidad. Entonces, la fluidez favorece un encuentro no con un Otro trascendental que colma de sentido al sujeto, sino que mi precariedad devendrá algo en el encuentro con otros en movimiento. La fluidez generará dispersión y precariedad pero el autor plantea que esa dinámica móvil abre nuevas dimensiones del devenir con otros. Inaugura una multiplicación de los encuentros donde es posible crear lazo. Pero aclara “no es que voy a encontrar lo que quería, sino que voy a devenir en un tipo digno de lo que encontré (...) No es tanto que te va a gustar eso que encuentro (...) el encuentro con eso va a producir un tipo para el cual el encuentro con eso estuvo muy bien” (Lewkowicz, 2002, p.15). Y continúa “componemos quizá imaginando que si no nos componemos devenimos superfluos” (p.15).

Se percibe cierto sabor agri dulce en el pensamiento de este autor, como si pensase el encuentro cual oasis en el desierto del sinsentido contemporáneo. Pero su visión aporta luz en el esfuerzo por anudar los lazos sociales fracturados. Y para una cultura que está atravesando una profunda reestructura a todo nivel, significa una buena señal que de a poco empieza a marcar el rumbo.

Conclusiones

Iniciamos este trabajo enunciando que el psicoanálisis representa un esfuerzo por comprender la relación del ser humano con su medio social. Así lo entiende el padre del psicoanálisis cuando afirma que “la psicología individual es simultáneamente psicología social” (Freud, 1974, p.67). Lo que Freud quizás no descubre pero si conceptualiza magistralmente es que el ser humano en su proceso de socialización debe atender las pasiones provenientes de un rincón de su ser interior que desconoce y que conserva poderosas fuerzas. De los confines de este dominio inconsciente sólo tenemos noticias a través de la palabra.

Por tal motivo hemos llegado a la idea que rescatar la fuerza creadora de la palabra es vital desde el punto de vista ético en un mundo que desoye la voz de sus ciudadanos y sofoca la singularidad deseante de nuestros semejantes imponiendo un discurso anónimo que oculta la subjetividad en la sombra de poder hegemónico instalado en base a intereses que poco tienen que ver con las expectativas existenciales de nuestros congéneres.

Creemos que la clínica psicoanalítica posee las herramientas conceptuales para, si no es revertir, al menos amortiguar esta realidad y librar la batalla por la ecología de la comunidad. En este sentido el psicoanálisis va a contramano de lo que el sistema promueve. Convoca al sujeto a frenar el mundo por un instante. Invita a desengañarse del gozar ilusorio y desenfrenado que le ofrece el dios mercado. A resistir la mágica acción de los químicos que “alivian” las penas del devenir sin rumbo. Espera de la palabra del analizante que sea sostenida con valor ya que hallará al sujeto cara a cara con su verdad al desnudo. Pondrá al sujeto al borde del abismo; lo enfrentará a su falta radical, esa que el amo pretende ocultar. Por lo tanto pensamos que el safari de la palabra es hartamente duro ya que pretende rescatar una verdad que es sepultada todos los días. El psicoanálisis no promete felicidad, sino atreverse a vivir la falta de una manera original que rescate lo singular del deseo inscribiendo al sujeto en el orden de la verdad.

No adherimos a la idea de que todo tiempo pasado fue mejor. Si observamos, los valores de la sociedad moderna engendraron un destino fatal. La sociedad ideal se derrumbó a fuerza de fusil y se esfumó entre cámaras de gas y campos de concentración. La utopía les explotó en la cara en Hiroshima. Y si ampliamos la retrospectiva encontraremos más oscuridad. Lo cual nos lleva a pensar que cada época, cada civilización, cada imperio se las arregló como pudo para sobrevivir como tal. Cada cual forjó sus leyes de funcionamiento, diseñó sus códigos de pertenencia, estableció los criterios sociales de inclusión y exclusión, inventó sus propios mitos y leyendas, creó sus ideales y atacó a sus enemigos, todo para afirmar su identidad y autodefinirse soberanamente capaz y responsable de contener a los individuos que habitan su territorio. Por lo tanto, salvo por el perfil desterritorializado del orden mundial dominante, pensamos que nuestra era presenta características similares.

Tampoco adherimos a una visión apocalíptica del mundo. No todo en la actualidad es consumo, contaminación, vacío, incertidumbre y dolor. El desarrollo de la ciencia y el progreso tecnológico de nuestro tiempo no tiene precedentes en la historia y ha contribuido a mejorar la calidad de vida de los individuos. Un testimonio de ello son las vidas que a diario son rescatadas gracias a la intervención de equipamiento médico altamente especializado, de extrema complejidad y precisión. Las tecnologías de la comunicación y el desarrollo digital, a pesar del potencial daño por uso indebido, permiten procesar información en cantidades descomunales y abren canales de comunicación capaces de conectar personas en distintos puntos del planeta. La democratización del acceso a la información consideramos que también representa un aspecto positivo de la sociedad de la comunicación contemporánea.

Pero este trabajo nos convoca a reflexionar sobre el malestar de un tiempo y las formas de transitar la “locura” contemporánea. En este sentido, compartimos la tendencia que advierte cambios radicales en el tejido social que de la mano del ascenso del capitalismo a la cima del dominio global forja nuevos y sofisticados modos de producción de subjetividad. Nuevas formas de ser y estar en el mundo cuyos pliegues exigen mudar nuestros referentes teóricos para comprender bajo qué condiciones el sujeto se inscribe en este nuevo universo discursivo.

El mundo ha cambiado mucho y en poco tiempo. Se transforma súbitamente y no acostumbra avisar. Y en estos sorpresivos movimientos deja desconcertados a muchos de sus habitantes. Estos no entienden, no se adaptan, no siguen el ritmo, desean otra cosa, y en medio de este defasaje sufren. Pensamos que el sujeto sufre cuando el mundo gira a sus espaldas. Pero también sufre cuando el mundo lo captura y lo somete

a girar a la misma velocidad que lo hace él. Consideramos que el discurso capitalista de Lacan aporta mucha luz a la comprensión de estos fenómenos contemporáneos. Nos enseña que el imperativo es otro y en este nuevo escenario discursivo se espera otra cosa de nosotros: que gocemos y seamos felices bajo la custodia del amo. En este orden, algunos sujetos colapsan al no poder cumplir con esta exigencia, y de ahí las distintas manifestaciones del dolor. Significantes como la depresión denuncian esta realidad, en la que el sujeto parece negarse a todos los objetos que provienen del exterior. Pero otros, paradójicamente, producen síntoma allí donde subyace una tendencia a cumplir a rajatabla el imperativo superyoico de gozar. Es el caso de las toxicomanías. Ya decíamos más arriba que el toxicómano es el paradigma posmoderno ya que ostenta su goce sin vergüenza. Es el deseo del amo llevado al extremo.

¿Será entonces posible que llevar al extremo los ideales de una época produce síntoma? Podemos pensar que el síntoma atesora aquello que el orden hegemónico engendra pero desconoce. El cuerpo es el reservorio de aquello que el síntoma exhorta a gritos al amo, quien privándolo del poder de la palabra sutilmente lo calla y eclipsa su sentido, convirtiéndolo en una burla de sí mismo, en una turba de espectaculares reacciones e insensatos berrinches.

Pero la verdad que subyace y da vida a estos arrebatos incomprensibles no es pretendida por el amo; éste la desestima y trata de ocultarla ya que se trata de una falta estructural del ser que sabe nunca podrá colmar con los objetos que expone en sus vidrieras. Sabe que su oferta es insuficiente pero priva al sujeto de esta verdad amarrándolo a la lógica de un falso deseo. Y todo intento del deseo verdadero por salir a la superficie será atacado de diversos bandos: cuando los gadgets sean definitivamente inútiles e irrumpa el síntoma que torna la situación insostenible, aparecerá una categoría nosológica (depresión, adicción, toxicomanía, esquizofrenia, y un largo etcétera) para nombrar, encerrar y aplastar ese deseo emergente del sujeto del inconsciente. Patología que puede aliviarse, casualmente, ingiriendo una pastilla que puede adquirirse fácilmente en cualquier farmacia.

Entonces, para finalizar, podemos concluir que estas etiquetas que disfrazan el malestar en nuestra cultura son significantes provenientes de la doctrina hegemónica que capturan el sentido verdadero del sujeto y su padecer. Son categorías ajenas prestadas al sujeto que encasillan su subjetividad borrando lo singular que hay en él y en su dolor. A cambio de una categoría abstracta y privada que pretende imponer un sentido externo y artificial a lo verdadero y original que habita en su malestar.

Después todo ¿no se reproduce aquí una vez más la lógica de la propiedad privada?
¿Habremos devenido alienados hasta en nuestros modos de padecer?...

Referencias bibliográficas

AA.VV. (2009). Conferencia de Enric Berenguer. La dimensión social del síntoma. En Lectura del caso en la práctica de orientación Lacaniana. Buenos Aires. Grama.

Bauman, Z. (2007) Vida de consumo. Buenos Aires. Fondo de Cultura de Economía de Argentina.

Bauman, Z. (2002) Modernidad líquida. Buenos Aires. Fondo de Cultura de Economía de Argentina.

Berardi, F. (2007) Patologías de la hiperexpresividad. Recuperado de <http://eipcp.net/transversal/1007/bifo/es>

Castoriadis, C. (1997) El avance de la insignificancia. Buenos Aires. Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Comte-Sponville, A. (2004) El capitalismo, ¿es moral?. Buenos Aires. Paidós.

Chemama, R. (2004) Diccionario del psicoanálisis. Amorrortu. Buenos Aires.

Dejours, C. (2001) Trabajo y desgaste mental. Lumen. Buenos Aires

Deleuze, G. Guattari, F. (2016) El antedipo. Capitalismo y Esquizofrenia. Paidós. Buenos Aires.

Deleuze, G. (1991) Posdata sobre las sociedades de control. En: Deleuze, G. Conversaciones. Recuperado de <https://polis.revues.org/5509>

Dor, J. (1994). *Introducción a la lectura de Lacan*. Barcelona: Gedisa.

Evans, D. (2007) Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Paidós. Buenos Aires.

Faig, C. (s.f.) El discurso del Capitalista en Lacan. Un hapax. Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1689>

Fetscher, I. (1971) Karl Marx y el marxismo. Monte Avila Editores. Madrid

Foucault, M. (1974) La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina. Recuperado de: hist.library.paho.org/Spanish/EMS/4451.pdf

Foucault, M. (2005) Vigilar y castigar: nacimiento de la Prisión. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, M. (2008) Enfermedad mental y personalidad. Paidós. Buenos Aires.

Freud, S. (1991) Conferencia de Introducción al psicoanálisis (parte III). Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S. (1992) El yo y el ello. En Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. 19) Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1974) Psicología de las Masas y análisis del yo. En Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. 18) Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1975a) Más allá del Principio del Placer. En Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. 18) Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1975b) El Malestar en la Cultura. En Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. 21) Buenos Aires: Amorrortu.

Godoy, C. (2006) Tristeza y depresión. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana. Recuperado de: <http://virtualia.eol.org.ar/014/default.asp?dossier/godoy.html>

González, M. (2013) El síntoma en la clínica psicoanalítica. Revista Itinerario. Recuperado de <http://www.itinerario.psico.edu.uy/articulos/el%20sintoma%20en%20la%20clinica%20psicoanalitica.pdf>

Guattari, F. (1998) El devenir de la subjetividad. Santiago: Dolmen

Guattari, F. (2004) Plan sobre el planeta. Traficante de sueños. Madrid

Harvey, D. (2007) Breve historia del Neoliberalismo. Madrid. Ediciones Akal.

Heilbroner, R. (1996) El capitalismo del siglo XXI. Ediciones Península. Barcelona

Kelman, M. (s.f.) Notas sobre la noción lacaniana de Discurso del Capitalismo. Recuperado de: <http://www.herramienta.com.ar/coloquios-y-seminarios/notas-sobre-lanocion-lacaniana-de-discurso-del-capitalismo>

Kremer, P. (1994) Escuchando al Prozac. Seix Barral. Barcelona.

Lacan, J. (1972) Del Discurso Psicoanalítico. Recuperado en:
<http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.uy/2013/03/jacques-lacan-del-discurso.html>.

Lacan, J. (2006): Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis, Paidós: Bs. As

Lacan, J. (1993). El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964). Buenos Aires. Paidós.

Laplanche, J. & Pontalis, J-B. (2004). Diccionario de Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.

Lewkowicz, I (2002) Condiciones de la subjetividad contemporánea: estrategias de subjetivación. Del Estado Nación al Capital Financiero. Jornadas Anudar.

Lewkowicz, I (1998) La política, un placer olvidado. Revista Topía. Buenos Aires. Recuperado de <https://www.topia.com.ar/articulos/la-pol%C3%ADtica-un-placer-olvidado>

Lipovetsky, G. (2002) La era del Vacío. Barcelona: Anagrama.

Lipovetsky, G. (2006) Los Tiempos Hipermodernos. Barcelona: Anagrama

Luxemburgo, R. (2007) La acumulacion del capital. Terramar. La Plata.

Liotard, J.F. (1998) La condición Postmoderna. Madrid: Cátedra.

Marugán, J. (s.f.) Los cuatro o cinco discursos y la crisis del lazo social. Recuperado de:
http://www.psicoanalisisenelsur.org/num7_articulo4.html.

Marx, K. Engels, F. (2008) Manifiesto del Partido Comunista. Terramar. La Plata.

Marx, K, Hobsbawm, E. (1984) Formaciones económicas precapitalistas. Editorial Crítica. Barcelona.

Miller, J. (2005) El Otro que no existe y sus comités de ética. Paidos. Buenos Aires

Miller, J. (2004) Psicoanálisis y política. Grama. Buenos Aires

Miller, J. (1989) La envoltura formal del síntoma. Manantial, Buenos Aires

Miller, J. (1987) Clínica del superyó. Manantial. Buenos Aires.

Monbiot, G. (2005) Neoliberalismo: la raíz ideológica de todos nuestros problemas. Eldiario.es.

http://www.eldiario.es/theguardian/Neoliberalismo-raiz-ideologica-problemas_0_511299215.html

Nasio, D. (1998) Cinco lecciones sobre la Teoría de Jacques Lacan. Barcelona: Gedisa.

Nietzsche, F. (2009) Así habló Zaratustra. Alianza. Madrid.

Nominé, B. (2008) Estructuras clínicas y salud mental. Medellín. Universidad Pontificia Bolivariana.

Ramiro, A. et al. (2012) Comprensión del suicidio desde la perspectiva del psicoanálisis de orientación lacaniana. Revista colombiana de ciencias sociales.

Recalcati, M. (2004) La cuestión preliminar en la época del Otro que no existe. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana.

Recuperado de <http://virtualia.eol.org.ar/010/default.asp?notas/mrecalcati-01.html>

Sinatra, E. (2008) El toxicómano es un sinvergüenza. Virtualia 17. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana. Recuperado el 10 de junio, 2013, de http://virtualia.eol.org.ar/017/pdf/dossier_sinatra.pdf

Soler, C. (2000) La maldición sobre el sexo. Manantial. Buenos Aires.

Soler, C. (2007) ¿A qué se le llama perversión?. Asociación Foro del Campo Lacaniano Medellín. Medellín.

Soria, L. et al. (2014) El síntoma social en el psicoanálisis contemporáneo. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. Argentina. Recuperado de <http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar>

Torres, M. (2008) El reverso de la fiesta. Virtualia. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana. Recuperado de <http://virtualia.eol.org.ar/017/default.asp?dossier/torres.html>

Žižek, S. (2008) Todo lo que usted siempre quiso saber sobre Lacan y nunca se atrevió a preguntarle a Hitchcock. Buenos Aires: Manantial.

